

EL ESCUDO CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO-MORAL, CIENTÍFICO-LITERARIO.



Sale este periódico los días 15 y último de cada mes, y consta de 4 pliegos ó sea 32 páginas con 64 columnas de buen papel y esmerada impresion, á cuyo efecto se reparará una hermosa cubierta de color impresa con el núm. 1.º de cada semestre.

Se suscribe en esta Capital en la librería de Ruiz llevado á domicilio, 12 rs. por 3 meses, 22 por 6, y 40 por todo el año.

Fuera de Logroño franco de porte, en las principales librerías 15 rs. por trimestre, 27 por semestre y 50 por todo el año.

Sección 1.ª

ESTUDIOS APOLOGETICOS.

Dios.

2.

SU OMNIPOTENCIA.

La omnipotencia de Dios es un atributo por el que se dá á entender que Dios puede no solo todo lo que quiere, sino todo lo que es posible, todo lo que no envuelve contradiccion; y que su poder no tiene límites. Esta verdad se demuestra por la noción misma de Dios. Es el ser necesario, existente por sí mismo; no tiene causa, y él mismo es la causa de todos los seres. ¿Como, pues, el ser divino seria limitado? Los seres criados y contingentes son limitados, porque tienen causa: criándolos Dios, les ha dado el grado de ser y las facultades que ha querido: pero Dios que no tiene causa, por nada puede ser limitado. Su necesidad de ser es absoluta: ahora bien; una necesidad

absoluta, y una necesidad limitada, serian una contradiccion. Así el poder divino es infinito; Dios es omnipotente; la omnipotencia de Dios brota de la esencia misma de la Divinidad. Pero, como ya tenemos dicho, que no queremos engolfarnos en demostraciones metafísicas, sino acomodarnos á todas las inteligencias, probaremos por los hechos y operaciones divinas la omnipotencia de Dios; por que las otras obras son las que mas vivamente hieren é impresionan, y por las que mejor se conoce la fuerza de un agente. Espongamos primero la noción de esta omnipotencia. Es tan valiente y espresiva la descripcion que las sagradas páginas hacen de ella, que no podemos menos de copiar algunos rasgos. “El es sabio de corazón, y fuerte de brazos; ¿quién le resistió, y tuvo paz? El trasladó los montes; y los mismos que trastornó en su furor no lo conocieron. El conmueve la tierra de su lugar, y sus columnas se estremecen. El manda al sol, y no sale,

y cierra las estrellas como bajo de un sello. El solo estendió los cielos y camina sobre las ondas del mar. El hace el Arturo y el Orion y las Hiadas, y lo mas interior del mediodia. El hace cosas grandes è incomprensibles y admirables que no tienen número. Descubierto està el infierno delante de él, y no hay velo que cubra la perdicion. El que estiende el Aquilon sobre el vacio, y cuelga la tierra sobre la nada. El que ata las aguas en sus nubes, para que todas á una no se precipiten abajo. El que impide la vista de su trono, y esparce la niebla sobre él. Cercó con término las aguas hasta que se acabe la luz y las tinieblas. Las columnas del cielo se estremecen y tiemblan á una insinuacion de él. Con su fortaleza de repente se congregaron los mares, y su sabiduría hirió al soberbio. Su espíritu adornó los cielos, y partiendo su mano fué sacada á luz la tortuosa culebra. ¿Quién podrá comprender el trueno de su grandeza? ¿Quién midió las aguas con su puño, y pesó los cielos con su palmo? ¿Quién pesó con tres dedos la masa de la tierra; y puso en peso los montes, y los collados en una romana? Hé aquí que las naciones son reputadas como una gota de agua de un arcaduz, y como un pequeño grano en un peso: he aquí las islas como polvo menudo. Y el Libano no bastará para quemar, y sus animales no bastarán para los holocaustos. Todas las naciones, como si no fueran; así son en su presencia, y él las considera como nada y cosa vana. ¿A quién pues habeis asemejado á Dios, ó qué imagen hareis de él?» Tal es la noción que la escritura santa nos dá del poder de Dios.

No se nos oculta, que estas descripciones y autoridades no tienen peso para los eclecticos y deistas que rechazan

toda revelacion; ni las traemos para convencerlos, sino para que vean la esposicion de la Omnipotencia de Dios que la Iglesia católica adopta por suya. Nos bastan las luces de la recta razon para convencernos, de que la causa suprema debe necesariamente ser omnipotente, manifestandose esta en todas sus operaciones, encontrando como encontramos en todas partes la estampa y las huellas de la omnipotencia.

Preguntan algunos por qué en el simbolo apostólico que se llama *Credo Católico*, no se hace mencion sino de la omnipotencia de Dios, sin hacerla de los demas atributos de la divinidad; ¿porqué decimos, *creo en Dios Padre Todopoderoso*, y no decimos, *creo en Dios que todo lo sabe, en Dios que todo lo vé, en Dios que todo lo gobierna, en Dios infinitamente misericordioso*? Los teólogos generalmente responden; por qué el poder es el atributo de Dios mas fácil de comprender por sus obras mas sensibles; el mas accesible á la inteligencia de la multitud ignorante. Esta respuesta es muy buena; pero el ángel de las escuelas dà otra, que nos parece tan propia de su ingenio, como adecuada á la naturaleza de la misma cosa. Dice Santo Tomás: La operacion sigue al ser. ¿Quereis conocer lo que es un ser? Mirad sus operaciones: La operacion es el reflejo del ser; la medida del ser; se conoce la naturaleza de un ser en la operacion y por la operacion. Siguiendo este principio de Santo Tomás, probamos la Omnipotencia de Dios por sus operaciones, así como venimos en conocimiento de la fuerza de las causas segundas, por la actividad que las vemos desarrollar.

Cuando observamos que la luz del sol que dista de nosotros 30 millones de leguas nos llega en ocho minutos, le atribuimos una fuerza de velocidad inconcebible: cuando vemos que perdien-

do el equilibrio y desencadenándose los vientos, braman furiosos uracanes, se arrojan impetuosos sobre todo cuanto encuentran, remueven los fondos de los mares, arrancan gigantescos árboles, atruenan con horrendos silvidos las selvas y los bosques, echan por tierra sólidos edificios y tal vez poblaciones enteras, nos formamos alguna idea de la pujante fuerza de un elemento que tan débil parece. Cuando despues de alguna tempestad, vemos precipitarse los torrentes arrastrando en sus turbias aguas, árboles, animales y enormes peñascos; cuando agitados los mares, se levantan hácia el cielo como montañas y se abren hácia el fondo como valles, y sus encrespadas olas hacen astillas los mas fuertes navios, y saltan todos los diques, ¡ Cuanta es la fuerza, decimos, de las aguas alborotadas! Cuando cae una chispa á un almacén de pólvora, y vuelan por los aires grandes piedras, y son arrojadas á largas distancias las ruinas; cuando prende el fuego en un bosque, ó en un edificio y vemos ennegrecerse la atmósfera, y ocultarse el cielo con los torbellinos de humo que levanta, y quemar en pocos momentos millares de árboles seculares, ó reducir á cenizas dilatados barrios, nos deja asombrados la fuerza de un elemento cuyas moléculas son tan pequeñas. Cuando sobre nuestras cabezas oímos rodar el estampido del trueno, y serpentear la centella; y que todo lo vence, todo lo humilla, todo lo avasalla, y descargarse la tormenta sobre las campiñas, y destronchar los árboles, y majar una por una las hermosas espigas de doradas mieses, y precedida del rayo y de los vientos llevar á todas partes la desolacion, nos ocupa el estupor, y nos vemos obligados á confesar su furiosa violencia. Cuando debajo de nuestros pies sentimos retemblar la tierra, oscilar en con-

tinuadas ondulaciones como si fuesen mieses agitadas por el viento; inclinar-se las altas torres como si fuesen leves cañas, bambolear los mas sólidos edificios, como si fuesen góndolas azotadas por las olas; abrirse grandes boquerones, como si fueran otros tantos crateres; ¿quién no reconoce una fuerza imponente en los laboratorios subterráneos, y sus esfuerzos violentos para abrirse paso el agente invisible que tan activamente trabaja?

Mas por grandes que sean todas estas fuerzas, solo lo son comparadas con otras fuerzas; en si mismas son limitadas y muy pequeñas; mientras el fuego derrite los metales, el hielo solidifica las aguas; mientras una tempestad destruye vigorosas vegetaciones, en otros puntos ostentan su lozanía nuevos prados, que antes eran terrenos eriales.

Pero aun que todos estos agentes poderosos reuniesen todas sus fuerzas ¿cómo compararlos con el poder de Dios? Siendo como son hechuras de sus manos, toda la actividad, toda la energía que ellos posean se halla de un modo superior en Dios. Dios les ha dado estas fuerzas, y nadie dá lo que en si no tiene. De aqui se infiere, que Dios inmediatamente por sí mismo puede hacer lo que hacen las amontonadas olas, los violentos aquilones, los voladores fuegos; y aun puede decirse, que el trueno y el rayo, y los uracanes y los torrentes y las borrascas son una pequeña parte del poder de Dios manifestado en estos efectos.

Hay que notar tambien, que las fuerzas de que hemos hablado, son unas fuerzas destructivas; manifiestanse en los estragos que producen, en vencer resistencias que se les oponen: su accion es únicamente de descomposicion.

El hombre es el que hace algo; el

hombre es el que ejerce una accion formatriz y de composicion; pero, cuan pequeña y limitada es! En donde mas resalta su fuerza es tambien en destruir, y descomponer; cuando incendia ciudades, cuando echa por tierra los muros mas firmes, desgarras las sociedades con discordias sangrientas, entra á saco las ciudades mas opulentas, arruina imperios, deja cubiertos los campos de cadáveres, entonces es cuando mas pujante y poderoso se manifiesta: mas en sus obras de composicion, ¡qué debil y pequeño es! Las Pirámides, los Obeliscos, los Colosos, los palacios mayores que ciudades, las torres émulas de la altura de las nubes, los templos superiores en magnificencia á los Palacios, he aquí los últimos esfuerzos del poder de los hombres.

Y, ¿que son las Pirámides de Egipto, el Coloso de Rodas, el templo de Diana en Efeso, el Mausoleo de Artemisa, el Palacio de Ciro, los muros de Babilonia, el Laberinto egipciaco, la Torre de Pharo, la estatua de Júpiter Olímpico, el Escorial de España, Sta. Sofia de Constantinopla, el Palacio de Cristal y San Pablo de Londres, San Pedro y el Vaticano de Roma? ¿qué son todas estas obras, las mayores obras del hombre, comparadas con el globo terraqueo, con el Sol y los demas astros que á distancias incalculables están esparcidos por espacios indefinidos, estas inmensas moles, con las que se juega Dios por decirlo así? *ludens in orbe terrarum?*

Si tanto se predica el poder del hombre, por que hace unas obras, que en la inmensa estension de los mundos no son sino como puntos matemáticos. ¿qué asombro, que estupor no debe causar esa portentosa máquina de Cielos y astros? O Dios Excelente! ó Dios Grande! ó Dios omnipo-

tente! Ni entendimiento, ni imaginacion, ni aun ojos parece que tienen los que en la innumerable copia de tanto asombro luminoso, no reconocen la virtud de una Esencia, cuya valentia es infinita, cuyo poder carece de márgenes.

Pero, hemos llegado ya al último término? puede decirse, que no hemos principiado; nos encontramos en la orilla del Occéano.

La creacion, la creacion es la que nos da la idea mas clara del infinito poder de Dios. Si conocemos que Dios es omnipotente, es por que ha sacado al mundo de la nada. Segun las ideas recibidas, el poder es tanto mas grande, cuanto se sirve de mas débiles medios para obtener grandes resultados, para hacer grandes cosas. Un poder que dispone de grandes riquezas, de un grande número de auxiliares y de cooperadores, este poder que obra con muchos medios, no es de esos poderes que chocan á la imaginacion, que imponen, que hacen concebir de ellos una grande idea. En nuestras almas la idea del poder se eleva á medida, que se disminuye la idea de la cantidad de medios, que los hombres han puesto en planta para obrar; de manera, que subiendo de grado en grado llegamos á un poder que no tiene necesidad de medio alguno. Este es el verdadero poder todo pederoso; el otro es un poder prestado, aparente y facticio: y este es el poder de Dios, y únicamente de Dios. El hombre divide, mezcla, ó separa: el hombre no hace mas que añadir ó cortar, no hace mas que transformar una porcion de materia sin poder cambiar su naturaleza. ¡Cuántos operarios, cuántos instrumentos emplea para cualquiera de sus obras! ¡Cuánto tiempo para la construccion de un edificio! Sin tiempo, sin materiales, sin ayuda, nada

puede hacer: sin materiales aun estaría por hacer la primera choza.

Descartes decia: denme materia y movimiento, y formaré el mundo: Neuton añadía: con la materia en movimiento y las leyes de la atraccion en razon directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, se ha formado el mundo: pero al fin confesaban, que sin materia prima nada podria ser. Ahora pues; de donde ha venido la materia de la que se ha formado el universo con sus innumerables partes? *In principio creavit Deus cælum et terram*, dicen las primeras palabras del primero y mas respetable libro que han leído los mortales: Y ¿de qué instrumentos, de qué auxiliares se valió Dios para hacer los cielos y la tierra? *Creavit*, los creó, los sacó de la nada: no habia materia preexistente; solo existia Dios; quiere que existan cielos y tierra; y cielos y tierra existen: manda á la nada, y la nada obedece: pronuncia una palabra sobre la nada, y bajo el influjo de esta fecunda palabra brota la inmensa cantidad de materia de que se han de formar millones de mundos. (1)

¿Donde se encuentra un poder creador sino en Dios? para crear es necesario un poder infinito, y todo cuanto vemos es finito y limitado; así es que nadie se ha atribuido esta fuerza creador. Y aun que los católicos suponen tanto poder en los ángeles buenos, y aun en los ángeles malos, que con su fuerza natural podrian, si Dios lo permitiera, trasladar montañas y mares, apagar las lumbreras del firmamento, y barajar toda la naturaleza y jugar con los globos, ni un

atomo, añadimos, pueden aniquilar, y menos concebimos lo puedan crear. Los heroes y genios del paganismo eran poderosos á llevar á cabo grandes empresas, y producir pasmosas transformaciones; mas no les era dado sacar de la nada un arbol, una hoja, un atomo; y aunque sus Dioses podian con un arqueo de sus cejas conmover el Olimpo, y hacer temblar las deidades olimpicas, y forjar los rayos para castigar á los hombres y á los Dioses inferiores; aunque podian encerrar en anchos y profundos antros á los vientos, y abrirles despues las puertas para que se derramasen por la superficie de la tierra y de los mares; y aunque podian remover abismos los hondos mares, y calmar á la simple señal de un tridente las alborotadas olas; ni Júpiter forjador de los rayos podia crear una chispa, ni Eolo guardian de los vientos podia añadir una partícula de aire, ni Neptuno Soberano del Oceano podia formar una gota de agua: todos estos héroes, genios y Dioses resistian y limitaban el poder de otros héroes, de otros genios y otros Dioses y trataban entre si tremendos choques, y gigantescas batallas; y heroes, genios y Dioses eran dominados y estaban sugetos al fatal destino.

Mas nuestro Dios, el ser infinito, el Dios católico, no solo cria, saca de la nada con su omnipotente palabra chispas de fuego, gotas de agua, y particulas de aire, sino la materia de todos los seres, las aguas de todos los mares, la materia atmosférica que circunda á la tierra, la materia de que se forman todos los cuerpos de la tierra y de los cielos. ¡O que Dios tan escelso! ¡Que Dios tan grande! ¡Que Dios tan omnipotente! Ni entendimiento, ni imaginacion, ni aun ojos parece que tienen los que en la innu-

(1) Aquí por mundos entendemos cada uno de los astros que componen no solo el sistema planetario, sino lo que se llama el sistema magno.

merable copia de tanto asombro luminoso no reconocen la creativa virtud de una Esencia, cuya valentia es infinita, cuyo poder carece de orillas.

¿Se dirá por ventura, que la materia no ha sido creada, y que existe eterna? así pensaban, así hablaban los filósofos gentiles, y los modernos pseudo filósofos: ellos han dicho y dicen, que Dios formó el mundo de una materia que encontró ya hecha en derredor suyo; como un artífice forma un edificio con los materiales que tiene á mano.

Mas en qué puede fundarse esta filosofia? Si se tratase de las obras del hombre, en los archivos del hombre se encontrarían datos para fallar. Pero los hechos de Dios no pueden conocerse sino en los archivos del mismo Dios, por el testimonio de Dios. Uno de los hechos mas brillantes de Dios es el hecho de la creacion. Habiendo precedido al nacimiento del hombre, el hombre no puede conocerlo sino por la revelacion del mismo Dios. Y el mismo Dios nos lo ha dicho: *in principio creavit Deus Cælum et terram.*

¿En qué pues, volvemos á preguntar, se apoya el racionalista para negar á Dios la virtud creatriz? Si los ois, no os darán otra respuesta sino es que no pueden formarse idea clara de la creacion; que no pueden concebir, como una cosa que no era ha podido ser. Pero ¿tienen acaso idea mas clara de la eternidad de la materia? pueden concebir como existe por si misma la materia? ¿Cuanto mas concebible es que un ser necesario, inteligente y eterno, haya dado el ser á la materia, que no el que esta exista por si misma? No quieren admitir un Dios, cuya virtud pueda crear la materia, y admiten la eternidad; es decir otro Dios; es decir muchos Dioses:

y si niegan la divinidad á la materia, concediéndole la eternidad, caen en contradiccion consigo mismos; y añaden el absurdo al ridículo.

Si la materia no hubiera sido creada por Dios, seria eterna; siendo eterna, seria inmutable; y no seria nada de lo que es ahora. Y qué es lo que vemos en este mundo? La corrupcion y generacion de los cuerpos: la aspiracion y la respiracion; la atraccion y la repulsion, la estension y la absorcion, la vida y la muerte. Todo cambia: todo pasa del calor al frio, de las tinieblas á la luz, del descanso al movimiento, del movimiento al reposo: todo es contingente en la materia, todo es en la materia composicion y descomposicion. Mas si hubiese sido eterna, seria siempre como una roca de granito, una montaña de diamante; inmutable; ni el hombre, ni el mismo Dios hubiese podido imponerla leyes.

La razon pues de acuerdo con la revelacion; la razon iluminada por la revelacion reconoce en Dios una fuerza creatriz y proclama la omnipotencia divina.

La creacion aun cuando no fuera mas que de un atomo es la prueba mas brillante de la omnipotencia de Dios. Coronemos sin embargo nuestras pruebas con otros hechos en los que hasta los mas rudos descubran el infinito poder de Dios: hablemos de la fuerza ordenatriz, de la accion formatriz, que algunos llaman segunda creacion, y que han reconocido la mayor parte de los filósofos gentiles.

Preparados están los materiales con que se ha de fabricar la gran máquina del mundo; pero todo está revuelto y confundido; ni luz, ni astros, ni aguas separadas, ni tierra, ni yervas, ni animales, ni hombres; nada de lo que hay, habia; un tenebroso caos lo envuelve todo. *Tenebre erant super*

faciem abyssi; y de repente, del seno de aquella profunda noche saltan raudales de luz; estiéndese el firmamento que divide las aguas superiores de las inferiores; ábrese el lecho de los mares, y aparece la árida con montes altísimos y valles profundísimos; y del seno de los montes y de los valles, germinan yervas, plantas y árboles, con simientes, flores y frutos; brillan sobre el firmamento azulado faros luminosos, y dos grandes luminas que presiden al día y la noche; y producen las aguas infinita variedad de vivientes, unos, que permanecen en aquella vasta morada, y otros que vuelan al Cielo; y la superficie de la tierra se cubre de animales segun sus especies; y en medio de todos aparece el hombre, que soberano universal, estiende su dominio sobre todo.

¿De qué instrumentos tan delicados y poderosos se sirve Dios para hacer brotar en medio de las tinieblas el Occéano luminoso? ¿de qué palanca para separar el Cielo de la tierra? ¿Qué máquinas ha adoptado para abrir los canales marítimos? ¿qué sustancia fecundante ha depositado en la tierra y en las aguas para llenarlos de habitantes? De donde ha sacado las maromas para colgar tantas lámparas? de qué modo ha fabricado la hermosa máquina del hombre?

No: no es Dios como los hombres, que necesitan de tiempo y máquinas para edificar una cabaña: Es artífice supremo, es un Productor infinito; no necesita como Arquímedes una palanca y un punto de apoyo para remover el mundo; sin palanca arroja inmensas moles por espacios inmensos, sin puntos de apoyo retiene aquellas moles suspendidas en el éter; sin columnas sustenta la pesadumbre del mundo. No tiene otros instrumentos que su

voluntad; cae su omnipotente palabra sobre el caos, y todo se hace, todo se ordena, todo ocupa su lugar: *Fiat lux: fiat firmamentum; germinet terra; producant aquae: producat terra: Faciamus hominem*: Pronuncia Dios estas palabras, y quedan fecundados los senos á quienes se las dirige; y todo se hace como lo ordena. *Ipse dixit et facta sunt, ipse mandavit et creata sunt.*

O Dios Excelso! O Dios grande! O Dios Omnipotente! Ni entendimiento, ni imaginacion, ni aun ojos parece que tienen los que en la innumerable copia de tanto asombro no reconocen la virtud de una Esencia, cuya valentía es infinita, cuyo poder carece de álveo, fondo y riveras. Quien no ve la Omnipotencia de Dios, ó es uno de aquellos que tienen ojos y no ven, ó uno de aquellos, *quibus non est intellectus* (1).

Seccion 2.^a

PRÁCTICAS RELIGIOSAS.

Sobre el ayuno y la Cuaresma.

En los tres dias que han precedido

(1) No hablamos del poder de Dios para hacer milagros, porque pensamos tratar con mas estension esta materia: por ahora nos limitaremos á esta reflexion. El que todas las cosas hizo de la nada ¿no podrá modificarlas segun le plazca?: el que dió leyes á la naturaleza ¿no podrá suspender, cambiar ó contrariar estas leyes?: El que señaló á los astros las órbitas que habian de recorrer, ¿no podrá detenerlos en medio de su carrera? el que creó las aguas de los mares ¿no podrá hacer brotar una fuente de una peña? el que bendijo á la tierra para que produgese cien granos de trigo por uno que en ella se sembrase, ¿no podrá entre sus manos multiplicar los panes?

al Miércoles de ceniza, hemos visto suceder algo parecido á las escenas que se representaban en el orbe romano en los primeros tiempos del cristianismo. Una multitud frenética y embriagada que invadía las plazas, los circos y los teatros, y corría desbocada por todas partes sacrificando ya al crimen, ya á la locura; mientras al sonido de aquella algazara que bramaba á lo lejos como un mar, y hacía estremecer los muros de una capilla, ó las bóvedas de las catacumbas, un puñado de hombres de todas clases, hermanados con los vínculos de una misma fé, adoraba en espíritu y en verdad al Dios único y verdadero, y ponía en la balanza las oraciones y virtudes de los pocos por contrapeso á las iniquidades de los muchos; para detener el brazo de la cólera divina, y apagar el rayo de sus venganzas.

Entonces empero habia diferentes cultos y altares, el panteon y las catacumbas, templos de Jano y de Júpiter, y unas pobres capillas do se reunian los cristianos. No eran todos ovejas de un mismo rebaño; habia diferentes pastores, ni todos eran hijos de una misma madre; no eran hermanos en creencias los que oraban en silencio y en retiro, y los que enloquecian con danzas lúbricas y frenéticas carcajadas. Por esto se ha dicho que el carnaval era una *reminiscencia del paganismo*. Bajo los trapos de la insensatez se observa como palpitan todas las pasiones; por entre las caretas se ven asomar miradas ardientes de lascivia, ó respirando malignidad, y venganza; y se vé resaltar el enlace que hay entre el desenfreno del corazon y el desenfreno de aquellos movimientos; entre aquellas traidoras máscaras, y aquellas atroces calumnias; entre aquella anarquía exterior de las farsas y la anarquía de sentimientos y deberes.

Esos dias de continuados bacanales, que llamamos carnaval; ese ruido, esa confusion, esa Babel, en que se olvidan tantos deberes, y se venden y prostituyen tantas virtudes; ese vértigo que se apodera de los ánimos; ese frenesí que ocupa el lugar de la razon; ese *mare-magnum* en que se agitan y bullen tantas sabandijas; el carnaval es el resúmen viviente en que la sociedad presenta su forma, estructura y mecanismo; el carnaval es la bulliciosa parodia donde todos nos ponemos una careta visible, como sino la llevásemos todo el año; el carnaval es la fiebre periódica, que heredada de los gentiles, padecen los pueblos cristianos; es el beleño que adormece por un momento sus males, la insondable sima, que traga no pocos ahorros, el pretesto para mil ruinosas deudas, el bazar donde se trafica con muchas virtudes.

No es nuestro intento ir á investigar su más ó menos vergonzoso origen, seguir todas sus fases de estrepitoso desahogo, ó de refinada malicia, mostrar toda la contradiccion que hay entre las canciones báquicas y los gemidos de la Iglesia, ni insistir en la inmoralidad que en su esencia ó en su uso encierran gran parte de esas diversiones.

Tal vez, si á las costumbres que van dominando se les impidiera este desahogado, se abririan cualquiera otro.

Nos proponemos hacer resaltar la prudencia y sabiduría de la Iglesia. La Iglesia, que ve á sus hijos engolfados en los placeres, y juzgarse en ellos inmortales, les sale al encuentro con este sencillo pero sublime apostrofe, que les recuerda su origen, y el destino de su cuerpo miserable, y perecedero.

Acuérdate hombre que eres polvo y en polvo te has de convertir. Esta apóstrofe cristiana nos sale al encuen-

tro en medio de los devaneos de un mundo, que nos fascina con sus halagos, y nos seduce con sus llamados placeres, y nos aprisiona con sus cadenas de engañoso oropel, y de goces ficticios.

A un tiempo de disipacion y embriaguez sucede otro de silencio y recogimiento: callan el bullicio profano, y los juegos y los cantos, y á su vez sale del templo una voz solemne, grave y al mismo tiempo consoladora, que se extiende sobre las masas atentas y silenciosas que han ido á estrellarse en los sagrados muros, como oleadas en el puerto. La Iglesia conseguia en otros tiempos con estas divinas palabras, y con la ceniza que arrojaba sobre las cabezas, humillar la soberbia de los altivos, contener las locuras de la multitud, cerrar los circulos de las diversiones, oponerse al reinado del deleite, hacer marchar á los hombres por los caminos del ayuno y la penitencia; que escuchasen atentos sus sabias lecciones, que meditasen los grandes misterios de la redencion, y que se preparasen á una resurreccion espiritual. Todas las clases se nivelaban al oir las voces de la penitencia y de su nada; mas ahora, merced á los progresos que se han hecho en las ciencias materiales, á la espantosa fiebre, á la inmensa ansiedad de gozar, ya no hacen aquella antigua impresion las sublimes frases que anunciaron la muerte de Adan, y el fin de toda su descendencia.

Habia ciertamente hombres orgullosos, vengativos y voluptuosos; habia mártires de la soberbia, de la venganza y de la lascivia; pero los grandes reyes, los grandes principes, los grandes capitanes, los grandes literatos, los grandes artistas recibian con humildad la señal de la ceniza que sobre sus frentes grababan los dedos

del sacerdote. Todos respetaban la conciencia pública ayunando la santa Cuaresma. No dejaba de haber banquetes, y locuras y alegres mascaradas; pero luego venian las prácticas que prescribia la Iglesia, y eran religiosamente observadas. Mas á los banquetes no suceden ya las abstinencias, al general enloquecimiento no suceden ya las penitencias; á las frenéticas comparsas no suceden ya las procesiones de disciplinantes, como allá en tiempos de nuestros no menos devotos que bulliciosos abuelos. El Miércoles de ceniza no señala ya el fin del carnaval, como un mojon elevado y sombrío, en el cual estaba escrito *non plus ultra*; á los tristes cantos de la Iglesia, á los melancólicos trenos de Isaías acompañan los bailes repetidos y los conciertos de músicas teatrales; á las sangrientas escenas del calvario acompañan las festivas escenas de los comediantes. A los rigurosos ayunos y austeras penitencias sustituyen muchos nefandas bacanales. Las olas del placer lo han invadido todo, sin dejar un terreno seco donde la razon pudiera fijar un pie firme, y donde el hombre aun apesar suyo se viera obligado á concentrarse en si mismo. No permanece como antes estancado en algunos dias el reinado del deleite; los placeres sobreviven al carnaval; y en la empresa civilizadora de nivelar las fiestas y uniformar los dias, cada año se observa algun adelanto. Bien pronto, si á este paso vamos, la Cuaresma no figurará sino en el rezo de la Iglesia, y en la memoria de algunos fieles.

Desgraciado, empero, desgraciado el individuo, desgraciada la familia, desgraciada la nacion que no quisiere reconocer la prudencia y la sabiduria que ha asistido á la Iglesia en la institucion del ayuno y Cuaresma, y conculcasen estas prácticas venerandas.

Desde luego les vaticinamos su ruina. Las sociedades que desprecian estas instituciones, no lo hacen sino por estar dominadas de la materia, porque abrevadas de goces, cualquiera mortificación les es un martirio; el lujo, la molicie y la afeminación les hace insoportables el canto del gallo, la arruga de una sabana de Holanda á estos Sibaritas. Que será pues la abstinencia de la Cuaresma? Pero dormidos en blando plumazon, y descansando en brazos de la molicie ¿cómo resistirán el viento de las tribulaciones? Adormecidos con los blandos cánticos de la sirena ¿cómo tomarán las armas para defender la patria cuando esta se halle en peligro? Nosotros que hemos dedicado algunos ratos al estudio de las transformaciones sociales, investigando la causa de la ruina de los imperios, temblamos por la Europa actual al ver su tenaz insistencia en procurarse goces sensuales, y el espantoso movimiento que en todas las clases observamos hacia estos goces. Gozar, y mas gozar: este es el emblema, este es el tema favorito de los nuevos economistas y publicistas, y estas tendencias universales son las que nos hacen temblar. Porque, escudriñando con espíritu filosófico la historia, en ella encontramos, que Sardanapalo y Baltasar son arrojados de su trono cuando mas abismados se hallaban en los deleites; que Ninive y Babilonia caen, cuando las cortesanas triunfan, y no se reconocen otros campos de batalla que ostentosos jardines y báquicas orgías.

Los Persas son invencibles hasta que acostumbradas sus manos á los brazaletes, y continuando sus festines, un puñado de griegos los vence: los siglos heroicos de la Grecia son los de la frugalidad de Atenas y austeridad de Esparta. El siglo de Pericles,

que fue el siglo de la pintura, escultura, música, teatro y demás atractivos de una vida muelle y afeminada, este siglo, decimos, fue el ariete que echó por tierra á la Atica, allanando el camino á los Macedonios. El grande Alejandro, aquel á cuya presencia calló la tierra, despues de haber atravesado el Granico, Ipso y Arbelas, es vencido por los débiles vapores de una copa de vino. Aquellos soldados de Anibal que todo lo habian arrollado, encuentran su tumba en las delicias de Capua. Los conquistadores del mundo conocido, los romanos, mientras se alimentaban con frugales manjares y desconocieron el refinamiento del lujo, fueron invencibles; pero cuando todas las clases imitaron los excesos de sus Apicios, Tiberios, Heliogábalos y Neronés, fue un convite que hicieron á las hordas del Septentrion, y acudiendo los salvajes al olor de estos festines, los arrojaron de sus asientos para devorar las grandes cenas que se les habian preparado. Los pueblos que se han entregado á la materia sensual, han sido dominados por la materia bruta. Toda Atenas impúdica vendrá á ser esclava humillada de la Macedonia.

Esta sola consideracion debiera hacer entrar á los cristianos en las miras de la Iglesia al recomendar á sus hijos el espíritu de penitencia, particularmente en estos dias que especialmente consagra á esta virtud.

Y bien mirado ¿qué otra cosa es la Cuaresma, que esa ley de espiacion y sacrificio reconocido por todos los cultos, que el interregno del desorden, y la tregua de las pasiones de todo un año, respetado hasta aqui por un instinto de decoro, y que la razon misma, la seguridad misma de la sociedad debería establecer, aun cuando la Iglesia no lo hubiese proclamado?

No es fanática invencion del algunos hombres ascéticos y mortificados, ni parto de imaginaciones exaltadas y devotas; es no solo institucion de la Iglesia tan antigua como los Apóstoles, sino, lo que tal vez tendrá mas peso para muchos de nuestros filósofos, un hecho tradicional tambien, una necesidad de la naturaleza, un precepto higiénico, que como tal se conservó entre todas las naciones mas ó menos desfigurado, con motivos mas ó menos plausibles ó elevados.

Aquí como de paso cumple á nuestro propósito notar, que todas las instituciones de la Iglesia tienen dos aspectos, bajo uno de los cuales convienen con las de las religiones falsas, al paso que bajo otro aspecto esencialmente se diferencian de ellas. Todas tienen su radical fundamento en los instintos, y naturales necesidades de la humanidad; en la historia de su creacion, elevacion y caida, verdades conservadas en todas las tradiciones; así es que tienen de comun con los cultos erroneos lo que estos conservan de la primitiva tradicion; difieren empero, en todo aquello que las pasiones, la supersticion y el fanatismo fueron introduciendo; y tanto lo que tienen de comun, como lo que es peculiar de las instituciones católicas, depoen igualmente en favor de su verdad y de su bondad; lo comun atestigua su antigüedad, su conformidad y conveniencia con la naturaleza humana; lo peculiar demuestra la pureza de su origen, su procedencia divina.

Si á nuestros ritos y creencias no hubieran precedido en todos tiempos y en todos los lugares algunas como sombras y figuras, tal vez vacilaria nuestra fé, viéndola opuesta á la razon de tantos pueblos, y de tantos siglos; si por el contrario hubiera tomado de las otras religiones sus ele-

mentos sin purificarlos; si nuestras prácticas viniesen envueltas en tantos absurdos, fábulas y groseros errores como acompañan á otras creencias; si nuestros templos abarcáran como el Panteon romano todos los Dioses de las demas Naciones, todas las supersticiones, todos los productos de la ignorancia y del crimen humano; serian imperfectas como todas las obras del hombre nuestras instituciones.

No hay, pues, uso ni rito en la Iglesia del que no se encuentren huellas en todas las religiones; pero en su origen, en su uso, en su esplicacion ó en su fin hay tanta distancia, como del hombre degradado sobre la tierra, al hombre glorificado en el Cielo.

Asentado esto, apliquémoslo á la Cuaresma. La Cuaresma, como un periodo de abstinencia estuvo en grande uso y voga entre los mas antiguos pueblos del Oriente: los judíos la practicaban con un rigor indecible; los romanos aun en la misma época de su degeneracion y voluptuosidad la conservaron en la vigilia de ciertas deidades; instituidos los ayunos por Numa, eran prescritos por los oráculos durante las grandes calamidades públicas: *jejunium* es nombre esencialmente latino. Los Bracmanes de la India lo han llevado á un extremo al parecer incompatible con la existencia. Los Turcos tienen su austero Ramadan. Algunas de las sectas separadas de la Iglesia, lo fueron por un exceso de rigorismo en este punto, como los montanistas y maniqueos. La misma Iglesia anglicana, á pesar de las doctrinas protestantes sobre los ayunos y mortificaciones, conserva la Cuaresma como una institucion apostólica, cuya legitimidad no se atreve á negar.

Largo fuera citar las razones de

conveniencia de la institucion del ayuno cuadregesimal. Enojosa] tarea fuera hacer ver lo conveniente que es á la salud, especialmente á la entrada de la primavera, época del hervor de la sangre y superabundancia de la vida, en que la apoyan muchos médicos y autores fisiológicos, é insistir en la oportunidad de suspender por algun tiempo la matanza de animales para dar lugar á la reproduccion; largo fuera apoyar esta institucion en la necesidad de la templanza, para oponer un freno á la impetuosidad de las pasiones, y no estorbar el desarrollo de la actividad intelectual que queda como sepultada por los excesos de la crápula; y en la reminiscencia de un antiguo crimen de intemperancia que debia espiarse por la astinencia, motivos en que fundaban sus rígidas doctrinas muchos filósofos paganos; y en la necesidad de aplacar á Dios por medio de la penitencia; enojosa tarea fuera citar las autoridades de los SS. PP. elogian-do la utilidad, las ventajas y la necesidad del ayuno, y observancia de la Cuaresma.

Quien desee noticias mas estensas sobre este punto, puede consultar un libro reciente que quisiéramos ver en manos de todos los sacerdotes: *El ensayo sobre la Teología moral considerada en sus relaciones con la Fisiología, y Medicina por Debreine*. En él verá los desórdenes morales, intelectuales y físicos producidos ó determinados por la intemperancia; en él verá las ventajas morales, intelectuales, físicas, higiénicas ó sanitarias que resultan de la práctica del ayuno, de la abstinencia, y de la templanza. Allí verán, que el hombre destemplado, entregado á la carne y á la sangre se abandona casi siempre al grosero atractivo de los impulsos anima-

les, á las pasiones brutales, á las acciones bajas y degradantes. Es pródigo, disipador, turbulento, colérico, fogoso, desarreglado, libertino, disoluto &c., y cuanto mas fuego añade á la sangre, mas hondo caba el sepulcro de la inteligencia.

Que nada degrada mas la memoria, falsea el juicio, y vuelve mas estúpido, como los continuados excesos del vino y la buena mesa; y que á sus vastas ingurgitaciones de carnes, y á sus desmedidas livaciones báquicas suceden una muchedumbre de enfermedades mas ó menos graves, la fatiga, la tristeza, la melancolía, la amargura, el tedio, y una muerte prematura.

Allí se verá, que por el contrario, el ayuno, la templanza, el régimen sobrio hacen las costumbres puras y dulces, calman los naturales feroces, corrigen la aspereza é impetuosidad de las pasiones, es el *palladium* y la custodia de la sabiduría.

Pero dejando todas estas consideraciones: Nosotros que somos católicos ante todo, nos contentamos con ver en la Cuaresma una institucion de la Iglesia, consignada en los cánones de los Apóstoles, y en las actas del Concilio de Nicea, y del de Laodicea, mencionada en muchas obras de los Padres griegos y latinos del II y III siglo, confirmada en fin por el uso constante; y como no comprendemos una religion vaga y casi deísta, un cristianismo electico en que se puede tomar y dejar lo que se quiera; una Iglesia en fin sin jurisdiccion ni autoridad, tampoco comprendemos los deplorables abusos y audaces declamaciones, que se ven y se oyen á cada paso en muchos que se precian sin embargo de cristianos, y que charlan de sentimiento religioso.

Verdad es que la Cuaresma ha mi-

tigado su rigor primitivo; pero en la benignidad de la Iglesia, no vemos una razon para conculcar su autoridad, ni en las modificaciones que se introducen en una ley para facilitar mas su cumplimiento, vemos un pretesto para anularla completamente.

Qué dirian nuestros sibaritas y epicúreos cristianos, si, como en los tiempos primitivos, solo se permitiera en la Cuaresma una comida diaria á la caida de la tarde: si se castigára á los transgresores de la abstinencia como manda el Concilio VIII de Toledo, con la prohibicion de comer carne en todo el año: si vieran por fin á las mismas tropas en campaña observar la abstinencia y el ayuno como sucedía aun en el siglo XIV?

Aquellos pues, que desprecian el santo precepto de la Iglesia, y en la Cuaresma se entregan á todos los desarreglos de la gula, que hacen alarde de su incontinencia, que continúan en sus placeres nunca interrumpidos, que sin causa legítima quebrantan la ley del ayuno, que burlándose de la bondad de Ntra. Madre la Iglesia, comen carne sin tomar la bula que les dispensa de esta obligacion, estos decimos, son unos enemigos manifestos de la religion católica, trabajan en la ruina de su salud, en la muerte de su inteligencia, provocan las divinas venganzas y apresuran la ruina de su patria.

El periodo de recogimiento que estableció la Iglesia en la Cuaresma, inaugurado ha quedado en el miércoles de ceniza, derramándola sobre la frente de sus hijos, recordándoles lo caduco y fugaz de la vida, y exhortándolos al arrepentimiento. Este curso, como podriamos llamarle, de graves y sublimes meditaciones empieza con la muerte, y acaba con la resurreccion. Empieza con la verdad mas

palpable, y mas á propósito para curar las llagas de orgullo, de la insaciable sed de oro y de honores, y acaba con la verdad mas sublime, cual es su redencion en el calvario, y su renovacion en Jesucristo. Ah, no acuseis de bárbara y austera á la Iglesia, por que coloca tan cerca de vuestros devaneos tan melancólicos recuerdos, y os propone un pequeño sacrificio! La Iglesia en esto no hace mas que conformarse con lo que sucede ordinariamente. En vano procurareis olvidar los tristes recuerdos, y los penosos sacrificios: hablarán estos mas alto que vuestras algazaras, y cantos de alegría; os seguirán á donde quiera que os halleis, y vendrán á sentarse en vuestros festines, como la momia que colocaban los Egipcios en sus mesas. La hora del cansancio, de fastidio y desalién to que sigue á cada deleite, es su *miércoles de ceniza*. Los pesares agudos, los acervos dolores, las largas enfermedades que suceden á los opíparos convites, á los prolongados conciertos, á las violentas mascaradas, son una Cuaresma todavia mas penitente. En pos del placer que derrama rosas, viene el desengaño y la desesperacion con sus desgarradoras y punzantes espinas. Detras de unas delicadas manos que esparcen aromáticas esencias, vienen tal vez unos descarnados dedos derramando un siniestro polvo, un polvo del que no se resucita para la vida. Sed templados, ayunad segun lo prescribe la Iglesia, ayunad sobre todo de vuestras disputas, y pleitos, de la concupiscencia, del robo, de la usura, y del engaño para los desgraciados, y resucitareis para la vida eterna.

Seccion 3.^a

ESTUDIOS CIENTIFICO-LITERARIOS.

LA NUEVA NIGROMANCIA.

II.

La religion de las mesas parlantes en Ginebra.

En Europa, como decíamos en el número anterior, las mesas parlantes generalmente solo sirvieron para entretener la curiosidad, y de pasatiempo en las tertulias; y aunque causaba admiracion el verlas dar vueltas, y oirlas responder, adivinar y discurrir con respecto à las cuestiones que se les proponian, para nada se mezclaba la religion, perdiéndose en mil conjeturas sobre las causas ocultas de efectos tan estraños. Hubo, sin embargo, una tierra mas amiga, en la que las mesas consiguieron plantear escuela y cátedra de religion, y encontraron cabezas tan redondas, y ligeras, que se dejaron alucinar de ellas. Esta tierra fué Ginebra, la Reina de los fascinados, la Reina de Calvino, ó para decirlo mejor, la Babel de todas las heregias, donde tienen patria y asilo no solamente las mil antiguas sectas del protestantismo, sino tambien todas las locuras modernas del fanatismo religioso, y ultimamente el Bortismo, ó sea los adoradores de la mesa parlante.

El Bortismo nació en Ginebra hacia fines de 1853. El origen de este nombre viene del Sr. Bort, ministro de la Iglesia nacional protestante de Ginebra, el cual, abandonando el humilde puesto de simple pastor que tenia en la gerarquía de la Iglesia ginebrina,

se hizo el archimandrita, el gerofante, el pontífice y al mismo tiempo el profeta de los nuevos misterios de las mesas. Sus principales ministros son el Sr. Mestral, su cuñado, y el Sr. Bret, su yerno, á los que sigue una piadosa turba de hombres, mugeres, doncellas que son el nucleo de la neo-nata Iglesia. Tienen sus reuniones en casa de Mestral-Bort, en la que en medio de un gran salon se levanta una mesa, que es el centro al que devotamente se dirigen los oidos, y los ojos de todos los creyentes. La mesa es sostenida y gobernada por tres *influyentes*, el principal de los cuales es siempre Bort. En los principios la mesa hablaba y respondia golpeando con el pie á cualquiera letra correspondiente á su palabra; pero à este toso y lento language de la infancia, sucedió bien pronto otro mas espédito é ingenioso. En medio de la mesa se levanta un pernio que sostiene una tablita en cuya circunferencia están escritas las letras del alfabeto; del pie sale una varita inflexible y fija, de tal modo colocada, que presenta su punta á la circunferencia de la tablita; esta, girando bajo el impulso de su misterioso motor, se para ya con una ya con otra letra delante la varita; de estas letras se forman palabras, de las palabras frases, y de las frases se componen las revelaciones divinas y misteriosas, con que se alimenta la religion de los Bortistas. Para mayor brevedad, cuando el oráculo ha comenzado alguna palabra, despues de una ó dos letras, Bort la completa por si mismo sin aguardar las interminables vueltas de la tablilla, como intérprete peritísimo de los pensamientos de su máquina. Cuando la respuesta es un simple sí ó no, la mesa la espresa sin mas que inclinarse ó dar un golpe. Algunos stenografos registran puntualmente todas las sílabas, y hay ademas un

secretario compilador de las actas, y un anagnoste que las lee.

Los oráculos de la mesa son escuchados por los asistentes con la reverencia que conviene á los personajes invisibles, que segun Bort, profetizan por conducto de ella. Es de notar, que no son espíritus plebeyos ú oscuros, ó sombras de hombres ilustres profanos, las que vienen de ultratumba á animar la mesa parlante, sino es que son nada menos, que el ángel David, el ángel Uriel, el ángel Gabriel, el ángel L*** el ángel M***, el ángel Lutero, el arcángel Miguel, y todavia con mas frecuencia (perdonenos el piadoso lector el que en un asunto tan profano, tengamos que mezclar un nombre tan augusto) es Jesucristo mismo, cuya divina persona se profana tan impíamente, haciéndolo actor principal de semejantes representaciones. Cuando Jesucristo quiere hablar, dice sacrílegamente Bort, se anuncia con esta salutación: *la paz sea con vosotros, corderos mios! en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo. Amen.*

Las respuestas de este nuevo oráculo se contienen en dos volúmenes que de ellas ha publicado Bort. En estos volúmenes, dice Bort, no hay sílaba que no haya sido dictada por algun celicola. El mismo preámbulo es del Salvador; despues viene otro preámbulo del ángel Gabriel, y una declaracion del mismo ángel contra ciertas personas que atribuyen á Santánas transformado en ángel de luz las revelaciones siguientes: Hay una oracion dominical dictada por el Salvador, pero muy diferente de la evangélica; despues, las palabras del Salvador y de los ángeles dia por dia, y las historias del milenarismo, ó sea del Valle selvático, de la Cabaña del

pobre negro, de los dos corderillos, de la familia feliz; despues, una serie larga de oraciones, acciones de gracias, invocaciones, súplicas, salmos, odas, himnos, cánticos &c. Y todo esto envuelto de una manera grotesca, con formas de estilo semibíblico, y semiromántico, ya enfático, ya pueril, pero siempre condimentado con una dosis tan grande de fanatismo y locura, que seria una blasfemia quererlo comparar con la sublime sencillez con que brilla la palabra de Dios en las santas escrituras. Por lo que toca al fondo y á la sustancia, escusado es decir, que ademas de los infinitos despropósitos, y toda clase de contradicciones, es refinadamente anticatólica; y Jesucristo y los ángeles hablan en esta mesa como rabiosos calvinistas. Ginebra segun ellos, es la ciudad bendita, que desde su infancia descansó en los brazos y seno de Dios; la menor de las ciudades, pero la mas grande delante del Señor, porque ha guardado la fe que debe servir de luz á las naciones de la tierra; la ciudad electa de Dios, para la que preparó á su siervo Calvino, la que ha de recibir en estos últimos tiempos los honores celestiales; esto es, la mesa parlante, órgano de las nuevas revelaciones. "O Ginebra, amiga mia, (asi habla el Pseudo-Cristo en su introduccion), tus campanas no mezclarán sus voces á las abominaciones de Roma. No: ellas entonarán salmos al verdadero Dios, y cantarán la libertad de los cielos, y referirán á los hijos de los hombres los beneficios del Eterno!.. Vuestros profundos suspiros, ó campanas benditas, correrán por un lago libre, y se reunirán en sus riveras los hijos de Ginebra.... Ginebra, yo te he librado de las tramas de tus enemigos. No temas, ó Ginebra, porque un Dios bueno y poderoso vela sobre tus hijos; despliega tu ban-

dera, y no dudes decir á las naciones, que tú *eres la electa del Eterno*. (1.)

Tal es el tenor de estas nuevas *revelaciones divinas y misteriosas*, muy semejantes á las impías extravagancias y á los delirios místicos de los Irvingianos de Inglaterra, y de los Mormones de América. Estas no tienen otra novedad sino el órgano por cuyo conducto se manifiestan, y cuyo milagro celebran y proclaman ellas mismas como criterio infalible de su veracidad divina. Por lo demás, lo único que al traves de la vaporosa gerga de la mesa, se puede sacar en limpio es, que la última venida de Jesucristo está ya muy próxima; que el prodigio de las mesas parlantes es su señal precursora, y que Ginebra es la Nueva Jerusalem destinada á ser el teatro de los últimos triunfos del divino Juez.

Entretanto la nueva secta va prosperando y haciendo proselitos en Ginebra y en Lausana y por todos aquellos contornos, sin que las burlas y las contradicciones que tubo que sostener al principio hayan impedido sus progresos. Y estos proselitos no son ya solamente mugercillas locas y fantásticas, ú hombres plebeyos, sino, si se ha de dar crédito á la Gaceta universal de Augusta, la mayor parte de los creyentes pertenecen á la clase culta, y muchos de ellos ocupan puestos importantes en la gerarquía social. De las habitaciones privadas de la casa Mestral-Bort, donde al principio se tenían las reuniones, el Bortismo ha salido á la luz pública, y planteado su cátedra en una villa poco distante de Ginebra, indicada por la misma mesa, y donde ha erigido un templo con un campanillo. El primer día que sonó este campanillo atemorizó

á todos los habitantes de los contornos, que creyendo, que era señal de fuego, acudieron con máquinas y bombas para apagarlo. Además de esto los Gerofantes precitados del nuevo rito, despues de haber publicado dos años antes la primera serie de las revelaciones de la mesa, han dado á luz otra obra titulada: *Roma, Ginebra y la Iglesia de Cristo. Obra dictada por el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, el solo mediador entre Dios y los hombres*, en la que se contienen las nuevas interpretaciones de la biblia, y el nuevo Evangelio revelado por la mesa.

Cual haya de ser la futura suerte de esta nueva secta, nacida de las mesas parlantes en el seno del protestantismo Europeo, no es fácil pronosticar: mas, quien por una parte reflexione los muchos tontos y locos que hasta aqui se han afiliado, merced á la desenfrenada independendencia del libre examen, bajo la bandera de la hidra protestante, y considere por otra los espantosos progresos que en tan corto espacio de tiempo ha hecho en América la nueva creencia de los espiritualistas, y los síntomas de religiosa tendencia, que en algunos puntos de Europa va manifestando la manía de las mesas parlantes, y el favor, y aun el entusiasmo con que los archimandritas del magnetismo animal han saludado la aparición de estas mesas milagrosas, como la aurora de una nueva religion panteística, que intentan oponer al cristianismo; quien considere, decimos, todo esto, no extrañará quizás, que la nueva secta de Ginebra, pueda con el tiempo adquirir en Europa mayor sequito y voga, que lo que parecia prometerle su no menos impía, que ridícula extravagancia.

Pero dejando á los Profetas el penetrar en el porvenir, basta á nues-

(1.) Anales católicos. Mayo de 1855 pag. 46.

tro intento el haber dado noticia de la aparicion del Bortismo ginebrino, como uno de los hechos que demuestran la índole y la tendencia del nuevo arte de hacer hablar á las mesas, importado de la América; índole y tendencias, que no deben pasar desapercibidos para quien trata de averiguar el origen y la causa de estos fenómenos. Ni la cátedra de Ginebra es la única: tambien fuera de Suiza y especialmente en Alemania, donde la índole de las razas teutónicas es naturalmente inclinada al misticismo y cosas nebulosas, las mesas giratorias han sido en muchos casos causa de estrañas supersticiones, semejantes á las de Ginebra. Vamos á presentar un solo ejemplo pero el mas ruidoso, del que fué teatro la capital de Baviera.

III.

La Psicografía en Monaco de Baviera.

En Diciembre de 1854, cuando en Monaco como en otras ciudades de Alemania se habia introducido la mania Americana, sucedió un dia, que en medio de un círculo de amigos, que con frecuencia se reunian para preguntar á la mesa, está señalando repentinamente una de las personas presentes, la declaró elegida por los espíritus para escribir sus oráculos.

Era esta una tal Maria Kahlhammer, jóven de 25 años, que gozaba reputacion de costumbres no solo irreprehensibles, sino muy heróicas y puras. Habiendo hecho inmediatamente la prueba, le salió maravillosamente; y desde aquel momento, (dejada la mesa á su libertad,) la jóven fué el órgano regular de las comunicaciones entre los espíritus y la asamblea. Cuando los espectadores hacen alguna pregunta, la intermediaria se sienta delante

de una gran mesa, y con un lápiz en la mano, abandona el brazo á la fuerza invisible que debe guiarlo. Apenas se hace la pregunta, se vé ponerse en movimiento el lápiz, y dar rápidamente la respuesta, acumulando letras despues de letras, sin ningun intervalo, hasta que hace una cruz si es el final de un periodo, ó tres cruces, si es el final de toda la respuesta, que las mas veces suele ser muy larga. Cuando escribe, en lugar de convulsiones violentas, el brazo de la jóven ya está tranquilo, ya agitado; pero las vibraciones son violentas, cuando el que pregunta es un incrédulo ó cuando los espíritus preguntados son de índole sospechosa. El lápiz no solamente escribe las respuestas, y el *fac-simile* de los muertos, sino que muchas veces por si mismo sigue escribiendo sin que la mano lo guíe.

Esta nueva facultad de escribir oráculos bajo el impulso de los espíritus no fué privilegio esclusivo de Kahlhammer, sino que fué comunicada tambien á otra jóven llamada Crescentia Wolf, de edad de 20 años, que dice haber sido favorecida desde la niñez con visiones maravillosas. Tanto agradó á los espíritus, que la prometieron un grado mas elevado é íntimo de comunicacion, no ya escribiendo por su mano sus respuestas, sino expresándolas por su boca. Un ángel, (*áter an albus*, quien lo sabe? Quizás ni uno ni otro, sino mero prestigio de impostura) un ángel, dicen las actas de la Psicografía, entra en posesion de su cuerpo, y le mueve la lengua, sin que ella tenga conocimiento de esto; porque mientras el alma de la jóven, como si hubiera salido de su cuerpo va viajando por otros mundos, donde encuentra aventuras estrañas, y vé visiones prodigiosas, de las que despues no guarda memoria alguna, en el mis-

mo acceso estático, el ángel que la posee refiere rasgo por rasgo, á los asis- tentes las aventuras de la viajera, al paso que ella con los movimientos de su persona, con los gestos de las manos, y con la espresion del semblante siempre estático, pero cambiando á cada instante segun los afectos, ha- ce, por decirlo así, la pantomima de aquella comedia. Apenas el ángel se separa, el espíritu de la jóven vuel- ve enteramente en sí, y toma el uso de su propio cuerpo. La llegada de un nuevo acceso siempre es exactamente predicha, sin que falte jamas la pre- diction. Este nuevo acceso se llama en el lenguaje espiritualista de allá, *cambio del espíritu*.

Segun todos pueden comprender, estos fenómenos en poco se diferencian de los que suceden en otras partes. Maria Kahlhammer, que como escri- biente de los muertos ha dado nombre á la *psicografia* de Monaco, no es sino uno de los escribientes intermediarios conocidos en los Estados Unidos, y Crescencia Wolf una intermediaria parlante. Pero lo que distingue y hace notable la psicografia bábara es el ca- rácter propio y especial que tomó des- de el principio, y que siempre conser- va. Este caracter no solamente es re- ligioso, sino que afecta ser esquisita- mente católico, todo fervor y piedad. Los espíritus de Monaco son muy di- ferentes de los de Ginebra; el Arcan- gel Rafael, las almas de Sócrates, de Orígenes, de San Agustin, de Hohen- lohe y otras menos ilustres tienen un lenguaje bien distinto del que hemos oído poco há al Pseudo Cristo gine- brino. Fuera de que en Monaco no hablan sino de cosas religiosas, sin mezclarse para nada en la política, ni asuntos profanos, los sentimientos que manifiestan parecen brotar de la pura fuente de la fé y moral católica. Con-

denan los errores del protestantismo, recomiendan se frecuente la Santa Misa, y la confesion auricular, incul- can la devocion á la Santísima Vir- gen, defienden abiertamente la defi- nicion dogmática de su immaculada Concepcion: en cuanto á la autoridad de la Iglesia, la veneran como infali- ble en las cosas pertenecientes á la fé.

Con este barniz de Catolicismo, que al principio particularmente apa- recia sin sombras sospechosas, la Psi- cografia adquirió en Babiera muchos prosélitos y reputacion mas que nin- guna otra escuela espiritualista. A- grégase á esto, que sus primeros afi- cionados y campeones, aun que entre ellos habia protestantes y Judios, eran sin embargo hombres morigerados, y religiosos, al menos con aquella reli- gion que se aviene con todas las cre- encias. Aun mas: en aquellos prime- ros fervores la Psicografia llegó á hacer algunas conversiones. Católi- cos, que en 10, 20 y 30 años habian omitido todo deber religioso, conmo- vidos de estos prodigios, y tocados de los discursos de los espíritus, volvie- ron en sí, y con una confesion gene- ral dieron principio á una vida nue- va. Ateos, que años y años habian vivido en el desprecio de toda religion y virtud, al ver con estos portentos abierto el mundo de los espíritus, y demostrada la existencia de aquella vida futura que negaban, mudaron de vida y costumbres. Estas conver- siones, asi como alentaban á los espí- ritus que se valian de ellas para con- firmar su autoridad, sedugeron á otros, que eran sinceros católicos, que sin- ceramente llegaron á creer, que Dios verdaderamente habia confiado á es- tos espíritus un nuevo género de mi- sion, suscitándolos en su Iglesia para regenerar un mundo tan corrompido.

Pero tan bellas apariencias no tar-

daron en ser oscurecidas de feas sombras; y por poco discernimiento de los espíritus que se tenga, cualquiera podrá conocer por el language que usan, que estos espíritus no vienen de Dios.

Dos son los temas capitales de sus revelaciones; el uno la descripción que hacen del mundo de los espíritus refiriendo sus ocupaciones, sus grados, sus oficios, sus aventuras; el otro es anunciar y predicar la misión que dicen haber recibido de Dios en el próximo fin del mundo.

En cuanto al primero, su sistema se diferencia muy poco del de los espiritualistas americanos, y tiene muchos rasgos de semejanza con los sueños de los Swedemborgianos, y Mormones.

También en Monaco el alma salida de la prisión del cuerpo se viste por algún tiempo de otro cuerpo etéreo, y va saltando, (si no la retiene el mundo de acá bajo) por grados, de estrella en estrella, de esfera en esfera, purificándose, y perfeccionándose para la eternidad, describiendo la configuración, el orden y el oficio de cada una de estas esferas.

Más relevante es el otro tema de la misión de los espíritus; en él consiste todo el meollo de su doctrina, y la parte más característica que distingue el espiritualismo de la Psicografía de Monaco del de todas las demás escuelas. Hé aquí sus principales rasgos.

Dentro de 150 años, (enseñan los espíritus) no habrá más que un solo pastor, y un solo aprisco; y entonces la tierra será un nuevo paraíso. Nosotros hemos sido enviados á preparar los caminos de esta conversión universal; regenerando la Iglesia, purificándola de tantas manchas como anteriormente la afean, no solo en el pueblo fiel, sino sobre todo en el Cle-

ro, embelleciéndola con un esplendor tan vivo, que atraerá hacia sí el amor y el obsequio de todos los vivientes. Tan grande y árdua empresa no podrá conseguirse sin estrepitosos milagros.

Y este precisamente es el milagro reservado por Dios para estos últimos tiempos, el mayor milagro de cuantos ha visto el género humano en los siglos pasados; esto es, la espontánea y sensible comunicación de los ángeles y de las almas de los muertos con los hombres; el comercio libre de los dos mundos, el invisible de los espíritus, y el visible de los terrícolas, entre los que antes se interponía una barrera impenetrable. Este soberano consejo del Altísimo comienza ahora á realizarse con la psicografía, y con esta se inaugura una nueva era para el mundo.

Pero mientras Dios por una parte enviaba á esta santa misión los espíritus buenos, Lucifer por otra, temiendo sus efectos, desencadenó sobre la tierra demonios más numerosos y rabiosos que nunca; para que con prestigios semejantes á nuestros milagros, sedujesen al mundo. Lo peor es que los demonios fueron más listos y activos que los espíritus buenos, y entraron los primeros á ocupar el campo. De aquí nació aquella repentina invasión de las mesas giratorias con todo el aparato de sus portentosas cosas diabólicas, infernales, y que no tienen otro objeto que destruir ántes de tiempo y hacer vana nuestra divina misión. Pero por fin nosotros triunfaremos. Veinte años ha concedido Dios á la misión de la psicografía: concluido este tiempo de gracia, cesarán las comunicaciones con los espíritus. Maria Kahlhammer y Crescencia Wolf son los instrumentos elegidos para esta obra, con algunos pocos. Los que se

atreven á introducirse psicográficos, fuera de los elegidos, son escribientes de los diablos.»

Hasta aquí los espíritus: los cuales fieles á la gran mision de purificar y reformar la Iglesia, no la escasean dictérios, é invectivas. En materias de fé la encuentran incorrupta, é incorruptible; pero en cuanto á las costumbres, manchada con infinitos borrones. Vienen muy particularmente á reformar el clero (grito acostumbrado, tema favorito y obligado de todos los reformistas desde Arnaldo de Brescia hasta Gioberti,) escitándolo á reconocer la divina mision de los espíritus, y á que la favorezcan con todo su poder. Si los sacerdotes reusasen acudir á su llamamiento, la obra de Dios será confiada á los legos; y si estos faltasen á esta vocacion, se encargarán de ella las mugeres, y llevarán á glorioso triunfo la empresa divina. La emancipacion de las mugeres, (tan favorecidas aun por los espiritualistas americanos) será universal. Ellas llegarán á ser las sacerdotisas y las apóstoles de la nueva Iglesia. El mundo varonil quedará pasmado; pero no podrá resistir al poder con que las mugeres combatirán en todo el orbe por la verdadera fé, y será completa su victoria.

La hostilidad de los espíritus fue mas cruel é implacable, cuando el Clero en lugar de favorecerlos, les declaró guerra abierta. Cuando el Cardenal Reisach Arzobispo de Monaco fulminó contra la psicografia sus oráculos, declarando no ser sino un tejido de engaños y de locuras, contrario á la doctrina de la Iglesia, y anunciando que sus autores merecian la excomunion, sino dejaban aquellas locuras, y que sus secuaces y fautores incurrian en grave culpa de rebelion á la Iglesia; á estas amonestaciones, decíamos, respondieron los espíritus con amargas

quejas, y no sin injurias, y aun amenazas. Pero queriendo siempre mantener cierto tinte de catolicismo, procuraban defenderse de las sentencias de la autoridad eclesiástica, ya con declaraciones ó retractaciones ambiguas, ya apelando al juicio *privado* de los *verdaderos* fieles, quejándose, de que el Obispo los juzgase sin exámen, ó los examinase segun la Escritura y las leyes de la Iglesia, en lugar de recurrir á las reglas científicas de la fisiología y de la metafísica; ya finalmente invocando el juicio de la Iglesia, la cual no se halla en la union de tres, ni de diez, ni de cien Pastores, sino en el concilio universal, ó en el Sumo Pontífice, cuando define *ex cathedra*, á cuyas decisiones solamente se debe obediencia; recurriendo, en una palabra, á todos los subterfugios y escapatórias sofisticas de que fueron tan hábiles maestros los jansenistas de los siglos XVII y XVIII, de tal modo, que no parece sino que han resucitado en estos espíritus bábaros las sombras de Quesnell, de Arnaud, de Nicole, de Sanciran y demas Portorealistas de *non sancta memoria*.

Mas á pesar de todas estas brabatas, no obstante la autoridad eminente que atribuian á su mision, los espíritus cedieron el campo, y á la primera intimacion de la censura eclesiástica, sus dos inspiradas profetisas guardaron silencio. En la última venida del espíritu de Sócrates, que se habia manifestado uno de los mas rebeldes contra la autoridad episcopal, despidiéndose de los fieles, alabó la obediencia de la que habia sido su intérprete; proponiéndola á todos por modelo: dijo, que los espíritus cesarian de *escribir* hasta un tiempo determinado, pero, que en los casos al menos de particular necesidad, seguirian *hablando* por su acostumbrado órgano, y

terminó amenazando su venganza contra el que así se oponía á su obra; venganza tremenda, que vosotros veis, añadió, con vuestros ojos.

Al advenimiento del nuevo Obispo que en Agosto de 1856 sucedió al Cardenal Reisach en la sede de Monaco y Frisinga, concibieron los Psicógrafos alguna esperanza de mejor fortuna. Pronto, empero, recibieron el desengaño. Desde la primera Enciclica, que el nuevo Pastor dirigió al clero y pueblo de su Diócesis, inculcándoles la firmeza en la fé y en la obediencia á la verdadera Iglesia, confirmó clara y espresamente todo lo que su predecesor habia sentenciado contra los peligros y daños de la Psicografía. Entonces ya no quedó otra esperanza que en el juicio de Roma á cuyo supremo Tribunal habian denunciado ya algunos Obispos de Alemania las revelaciones publicadas por los novadores de Monaco, y ante cuyo tribunal los mismos novadores habian venido para defender su propia causa. Estas revelaciones están contenidas en dos libros, de los cuales el primero tiene por título. " Comunicaciones hechas por los espíritus bienaventurados en el año 1855 por mano de María Kahlhammer, con referencia á las comunicaciones hechas por el Arcangel San Rafael por boca de Crescencia Wolf;,, y el otro: "Comunicaciones hechas por el Arcangel San Rafael en el año 1855 por boca de Crescencia Wolf, con referencia á las comunicaciones hechas por los espíritus bienaventurados por mano de María Kahlhammer. "

Nuestros lectores desearán saber, cual ha sido la sentencia de la Santa Sede, y vamos á decirselo: los dos libros ya indicados han sido puestos en el índice de las obras condenadas y prohibidas por decreto de 12 de Ene-

ro de 1856, y publicado en Octubre del mismo año.

Después de este anatema, ¿cual ha sido la conducta y actitud de los Psicógrafos?

Segun las últimas noticias, muchos de los seducidos se han sometido, y los mismos autores parece que comienzan á desengañarse, no ya confesando el error, sino escusándolo, y esforzándose por dar nuevas interpretaciones á aquellas clausulas mas duras, que han podido provocar la condenacion.

Así, á aquel grito tan frecuente y temerario de la *profetisa: abajo, ó abominaciones de la Cátedra de Pedro!* se ha añadido ahora por via de aclaracion, aludirse aqui á un tiempo futuro, en el que la Cátedra de Pedro será ocupada por un poder tan funesto, que los mismos Sacerdotes deberán levantar el grito; que este poder ha de ser la Masoneria, y que contra esta ha suscitado Dios las *clarividentes* y la Psicografía, para que la desenmascaren, la persigan, y la destruyan.

Pero sea de esto lo que quiera, y cualesquiera que sean las nuevas fases que en el porvenir haya de tomar este delirio de la Psicografía bábara, lo que hemos dicho hasta aqui es mas que suficiente á nuestro objeto, que ha sido completar el retrato que indicamos íbamos á hacer de la Nigromancia moderna. Hubiérale faltado á esta uno de los lineamientos mas singulares y característicos, si nada hubiésemos hablado del Neo-Espiritualismo de Monaco del que tanto se ha hablado y se habla en Alemania. Además, el antifaz de catolicismo que tan tenazmente ostenta, siguiendo en esta parte la táctica jansenística, no permite pase desapercibido para un ojo verdaderamente católico.

Hecha ya la esposicion en este y en el precedente artículo de los principales hechos relativos á la nigromancia moderna, resta ahora, que indagemos sus causas y misteriosos principios, lo que haremos, segun lo permitan nuestras fuerzas y la cualidad de la materia, en otro artículo.

Seccion 4.ª

LECTURA RECREATIVA.

Lorenzo ó el Conserito.

LA PRIMERA NOCHE.

En una de las hondonadas de los apeninos, hay un pueblecillo de cien casas, que en 1812 era casi inaccesible, sin camino abierto, y al que apenas se podia llegar á caballo por entre matorrales y barrancos.

Delante de una casuca de este pueblo, que servia de posada á algunos viajeros, y hasta de taberna del lugar, tenian sus conversaciones los arrieros, los cocineros, los pinches de cocina, y los granujas, que reñian entresí y disputaban sobre la novedad, que se observaba ya hacia tres dias por aquellos montaraces sitios: por que al principio se vieron cinco hombres de á caballo que habiendo llegado cansados al pueblo, preguntaron con mucho interés si habian pasado á caballo dos jóvenes, el uno de cabellos negros, y rizados, flaco y delgado, con los dientes superiores bastante grandes; el segundo robusto, fresco, de ojos vivos, de frente espaciosa, y cabellos castaños, de continente arrogante, y porte franco y despejado. Los aldeanos se encogieron de hom-

bros diciendo.—Hum... por aqui ha pasado esta mañana una turba de yese-ros que llevaban cal para componer el Santuario de Romiano, sin que hayamos visto pasar á nadie mas.

Despues de dos horas, llegó una estafeta, y otra por la tarde, y al dia siguiente se vieron aparecer en las mas altas crestas camineros armados, otros buscar los atajos, y algunos hacer alto comiendo á campo raso, y dar vueltas al rededor de los barrancos.—Que diantre buscan estos hombres por aqui? decian los aldeanos; si quieres apostar á que se ha escapado de la jaula algun tordo gordo!

—Qué entiendes tú de estas cosas, le decia un hombre panzudo, metidas las manos en el bolsillo y que era el secretario del pueblo, qué entiendes tú de eso? Estos son misterios diplomáticos, de que vosotros ignorantes no comprendéis palabra. ¡No está en Toscana la Duquesa Elisa, hermana... he... ya me entendeis; y al decir esto levantaba la barba, y fijaba en los demas sus ojos, y añadía: en Sabona está el Papa; no lo diré, pero... está... el Papa... indignamente.... Oh si, lo he visto tambien yo con estos dos ojos; y al bendecir al pueblo desde la tribuna del Palacio Sansoni, no parecia sino es que á mi solo miraba... á mi: Oh! me parece que lo estoy viendo ahora.

—Poco á poco, ¿qué es lo que tú quieres decir con eso? Quiéres tú que la Princesa Elisa huya de Florencia? respondió el cocinero. Allí está muy bien; y el que bien está, dice el proverbio, no se mueve; El Papa... oh! el Papa es manso como un cordero: no, no: hay tantos dogos al rededor, que el pobre no hace mas que gemir y orar, y vive separado del mundo: y el Brigadier que pasó por aquí el otro dia nos dijo, que ahora el Emperador

quiere llevarse al Papa á París.

—Mientras aquellos serranos discurrian asi, en Spezia se notaba otro movimiento. A la llegada del primer correo, y despues, del segundo, y despues, del tercero, los Spezianos observaban como se rizaban banderas de señal sobre las torres, las respuetas que daban los guarda-cos-tas, como corrian del gobierno á la darsena; y un armar y preparar faluchos, barquichuelos, y góndolas, y un ir y venir mozos, amarradores y corredores de mar, que parecia se preparaba alguna formidable escuadra. Los dos bergantines guarda-cos-tas levantaron áncoras; el uno dió vuelta al promontorio de poniente, y el otro se dirigió hacia levante, pero siempre de centinela para observar si en el horizonte se veia algun navío; y siempre alerta, para que algun crucero inglés no los sorprendiese. Entre los dos bergantines corrian las góndolas, con infinitas lanchas, que volaban á llevar y traer las órdenes de los dos Comandantes. Cuantos pescadores se hallaban por aquellos sitios, al instante eran abordos por los faluchos, y otros navichuelos de abordo, y saltando á sus barcas los aduaneros, comenzaban á registrar y escudriñar todo, diciendo:

—¿Quién eres tú?

—*Yo soy Jorge...*

—¿Y tú?

—*Me llaman Boca; pero soy Bartolomé, hijo de Donato, y hermano de Angelito.*

—Y tú, listo, como te llamas?

—*Lorencin.*

—Ah Lorenzo! Lorenzo! El hijo de D. Juan, eh?

—*No señor; mi padre se llama Bernardo, y su hermana, que es tía mia, sepa su merced, que habita en la entrada de la plaza.*

—Tu eres un conscrito, y quieres fugarte con los ingleses; date prisionero en nombre de la ley.

—*Virgen Santísima! Yo no he hecho ningún mal; la conscripcion es para los mozos, y yo tengo muger é hijos; no tenia ninguna intencion de huir; he venido á pescar para mantener á la familia.*

—Por todos los alrededores del gran golfo de Spezia, aquellos corsarios no dejaron de registrar seno, reducto ó escollo alguno, y cuantos encontraron echando redes, nasas ó anzuelos, eran rodeados de los guardas del puerto, y maniatados, y conducidos al Presidente del buen gobierno, y sometidos á mil interrogatorios, y otras vejaciones. Los pescadores estaban amedrentados, rabiosos, y fuera de quicio, echando toda suerte de imprecaciones á los espías y esbirros, que no cesaban de llevarlos al tribunal.

Este alboroto y confusion del golfo era causado, como todos pueden inferir de las últimas palabras del capítulo precedente, por la fuga de nuestro Lorenzo, que los franceses creian, por el engaño de Leoner, intentaba librarse de la conscripcion, escapando á bordo de algun navio ingles; pero Lorenzo hacia ya algunos dias que estaba en la profunda cueba de su roca en compañía de las palomas y de sus tristes pensamientos. Mas, ¿quién podrá describir la noche de aquella separacion? Quién hablar de la pena y tristeza de los padres? ¿Quién de las agonias de Leonor, y de los esfuerzos de Lorenzo, al arrancarse, quizá para siempre, de aquellos brazos, y de aquellos amantes corazones?

La noche estaba oscura y tempestuosa; el cielo cubierto hacia tres dias de nubarrones que habia amontonado el austro, densos, negruzcos y sofocantes. Todo estaba dispuesto para

realizar el dudoso designio; ya no restaba sino ejecutar el gran golpe con la firme resolucion de tres corazones, que si hasta entonces habian experimentado todas las agitaciones de la futura incertidumbre, no podian, sin embargo, medir todo el horror del caso presente.

Llegada la hora de cenar, y no habiendo aquella noche huéspedes, todos procuraban ocultar sus penas à la Marquesa, que juzgaba no iria tan pronto su hijo à la isla de Cerdeña. Cuando salieron los criados, volviéndose à Lorenzo la buena Señora le dijo: Ya he dado à tu padre las cartas familiares, que escribo à algunos conocidos; y cuando hayas de marchar, tu padre te las entregará. Mucho te encargo, hijo mio, que tengas cuidado de no esponerte à los ayres malos que se respiran en ciertos tiempos, y en algunos lugares de la isla: lo mismo te advierto con respecto à las aguas que tal vez se beben allí en ciertos estanques. Siendo como eres tan aficionado à la caza, déjate guiar y aconséjate de los experimentados, sin esponerte à las intemperies. En suma; vas bien prevenido de todo, y provisto de lo necesario; tengo firme confianza en Dios, que tu ángel custodio te ha de llevar y volver à traer sano y salvo. Ya hace un mes que se están celebrando misas por tí à la Virgen de Sabona, à la de la agua Santa, à la de Voltri, à Ntra. Sra. de la Paz, à la del Buen Socorro, y à la Virgen de la Consolacion.

Madre, dijo Lorenzo, para mezclar algo de alegría entre tantos pesares, y por que era incrédulo, madre, todas esas vírgenes son hermanas, primas, ó almenos parientes entre sí? por que habeis ensartado un batallon.

Hijo, pocas chanzas con la Madre de Dios: la Virgen quiere ser honra-

da de sus devotos en varios lugares, y bajo diversos títulos, como las reinas de la tierra, que gustan se les den los títulos de augustas, poderosas, y benignas; y unas veces se complacen dispensar gracias en sus palacios, otras en la sencillez de los campos, y otras en la amenidad de susuntuosas capitales.

Leonor miró à Lorenzo con ojos inquietos y severos, y aquella mirada aguda, y penetrante hizo callar à Lorenzo; así es que un poco repuesto, dijo: Madre, vos que sois tan buena, encomendadme à la Virgen Maria; y teniendo que salir mañana muy temprano para Génova, echadme vuestra bendicion.

Como! con este mar tan furioso, quieres navegar? Dios mio! espero que tu padre no permitirá que hagas semejante desatino. Qué te parece Juan? ¿no es este un mar de corsarios y fugitivos?

De aquí à mañana, ya verás Nicolasa, respondió D. Juan, como calma el viento, abona el tiempo, y el mar se sosiega. De todos modos, Lorenzo podrá ir à caballo, por que antes de marchar, debe despedirse de los amigos; mañana ó pasado mandarè por él. Ahora, arriba, vamos à dormir Lorenzo; mañana antes del amanecer, ó Perico tendrá dispuesta la barca, ó Siro tendrá ensillado el Tamerlan.

Levantáronse todos, y Lorenzo, à quien latia el corazon como un mazo, poniéndose de rodillas, pidió la bendicion à su madre, y le besó la mano; pero fue tan grande el ímpetu de su alma, que le saltó una lágrima ardiente cayendo sobre la mano de su madre, lágrima que hizo temblar à la Marquesa.

Lorenzo! dijo, tu lloras! que tienes?

No lloro, madre; ha sido la llama

de la luz que al levantarme de la mesa me ha dado en el ojo derecho; ved; y volvió á tomarle la mano, besándola nuevamente con simulada serenidad.

Leonor habia tomado ya el brazo de su madre, y con la luz en la mano la llevó; á su habitacion, donde juntas rezaron las oraciones de costumbre. Mientras la doncella hacia otros servicios, Leonor ayudó á desnudarse á su madre, y habiéndola acostado, y ajustado bien la cofia de noche, besó su frente, y se salió. La madre volvió á llamarla, y la dijo.

Has cuidado de proveer á Lorenzo de todo lo necesario? Dí á Mariquita que le ponga cuatro camisas, seis pañuelos, y escarpines de seda; para tres dias no necesita mas.

—Madre, se hará, respondió Leonor; y al instante bajó al jardín, donde poco antes habia ido Lorenzo por otra escalera, y los dos se dirigieron al fondo del jardín donde Bautista los aguardaba con las sogas enroscadas.

El prevenido y fiel criado dijo: Sr.: no tengais miedo de la bajada; porque para mayor seguridad, cuando esteis bien colocado sobre la palanca, yo os ataré á la soga con un ceñidor de cuero, de modo, que, si por algun accidente soltaseis las manos, no podriais caer hácia atras. Tambien traigo un harpon, para que sino podeis acercaros pronto al labio de la caverna, echeis el gancho, que introduciéndose en las peñas, os aproximará facilmente, y cuando ya estubiereis dentro, no dejes de llevarlo, porque os podrá ser muy útil en mil casos. Cuando ya esteis bien asegurado en la palanca, os colgaré al pescuezo esta linterna bien cubierta, y apenas llegueis á un sitio sólido de la cueva, le quitais la cubierta, y os dará una luz tan grande que os acompañará hasta el fondo de ella, donde encontrareis sobre una mesita una botella de vino. Tambien os ten-

go preparados carbones sobre el fagon que encontrareis tras de una peña, y encendiéndolos y cubriéndolos con la ceniza, que está allí en un saquito, tendreis mañana ascuas, con las que podreis hacer el chocolate. Por lo demas, allí vereis todo lo que se os ha dispuesto; pero esta noche no dejes de beber un buen vaso de vino viejo que está sobre la mesa junto á la lumbré, porque restaurará vuestras fuerzas, y os reconciliará un buen sueño.

En esto se acercaba ya la media noche; el viento soplaba fuerte, el mar bramaba á lo largo de las paredes del jardín horriblemente, el cielo estaba oscurísimo, y amenazador, la soledad era como sepulcral; cuando sonaron las doce, vieron bajar de la parte del palacio á pasos inciertos y lentos al Marqués, quien, si un rayo de luz hubiera iluminado su semblante, hubiese presentado un color cadavérico; tan grande era el dolor que lo oprimia, tanta la angustia que sofocaba su corazon! Leonor, corrió á su encuentro, y diciéndole: ánimo, padre, ánimo, Dios nos guarda, y su santo ángel nos acompaña, lo tomó amorosamente del brazo, y llevándolo á Lorenzo, le dijo. —Padre, besadlo, y bendecidlo.

—Abrese el jardín; Bautista lleva las sogas á la barca, dá la mano primero á los dos jóvenes, y despues Leonor y Lorenzo al padre: desatan la barca, vogan, y de seno en seno van marchando hasta que llegan á la falda del gran peñasco. Aborda el navichuelo, atánlo fuertemente; Bautista camina delante con las sogas al cuello, ván detrás sus amos, asiéndose de las malezas, y ayudándose con manos y pies.

Llegando á la cima del peñasco, Leonor, arrebatadamente sin poder contener el ímpetu de su corazon, corrió al pie de la estatua de María, la abraza, la besa, y estando un largo

rato así con la boca sobre ella sin decir palabra, la bañó con sus lágrimas, la aprieta entre sus manos, y separándose, exhalada vino en derechura hácia Lorenzo, y en voz baja le dijo: ámate, hermano, y ten esperanza; besóle la frente, y desenredándose de sus brazos, toma la barra, se la pasa rápidamente por medio, ayúdala Bautista á atarlo, y volviéndose al padre: —Vamos, exclamó, manos á la obra, tomad un extremo; tu Bautista, toma otro; Lorenzo, baja poco á poco: anda, la bendición de Dios sea sobre tí.—

Lorenzo fué arrojado de la alta roca, y teniendo el arpon entre las manos y la cuerda, bajó poco á poco hasta que, viéndose ya en frente de la cueba, tiró la sogá, echó el gancho, saltó sobre las peñas de la boca, y poniéndose en pie, y dando algunos pasos, se descinó la correa de cuero, dejó la barra, la echó fuera de la caverna, y vió como saltaba.

Cuando el Marqués y Leonor sintieron sin peso la sogá, tiráronla apresuradamente, fluctuando entre mil afectos de gozo y de terror, de esperanza y de temor, de piedad y remordimiento; de suerte, que al ver la barra á sus pies, les sobrevino un sudor frío, se abandonaron en el suelo, apoderándose de ellos un temblor, y unas convulsiones, que daban dientes con dientes, y batían los puños que tenían apretados. Bautista, que aun temía peores resultados, procuraba confortarlos con espíritus aromáticos, y refocilarlos con vino bueno, que les hacía sorber poco á poco, y que apenas podían recibir en el estómago por la violenta contracción de los nervios; volvieron algún tanto en sí, recobraron algunas fuerzas, levantáronse del suelo, y el fiel Bautista tomando primeramente á Leonor por el brazo y apoyándola vigorosamente, la llevó al navichuelo; volvió á subir por la fal-

da del peñasco, hizo lo mismo con el Marqués. El pobre padre apretó fuertemente la mano de su hija sin decir nada, suspirando, gimiendo, y de cuando en cuando exclamando.—Ah Lorenzo! Lorenzo mío! O hijo mío Lorenzo! ¿Qué es lo que he hecho? yo? yo? con estas manos?—Y entre estas angustias mortales llegó la barca al pequeño puerto al pie del jardín, donde atándola Bautista bien, se dirigió á Leonor, diciéndola:—Señora: basta ya; la naturaleza quiere su primer desahogo, pero despues, la virtud y fortaleza del corazón deben gobernar nuestros actos, vamos, pues; á vos toca ahora animar á vuestro padre.

Leonor, al oír esto, como si desesperase de un profundo sueño, dijo en voz alta.—Sí, Bautista, dices la verdad; á mí me toca... y volviéndose á su padre.—Padre, gritó, ánimo; levantaos, salgamos de la barca, venid conmigo, y procurad no toser ni quejarnos por las escaleras; la salvación de Lorenzo así lo reclama; vuestra seguridad lo exige, y la paz de toda la casa lo impone: comprendéis? dadme el brazo. A Dios, Bautista, hasta mañana.—Dicho esto, tomó del brazo á su padre, y entrando en el jardín, subieron con precaución y silenciosamente al Palacio; y encendiendo luz, llevó Leonor á su padre al dormitorio, y no se tranquilizó hasta que lo vió acostado. Entonces, colocándose al lado de la cabecera, y acariciándolo, enredaba sus dedos entre los cabellos del Marqués, se los iba puliendo, y rizando, diciéndole con una sonrisa celestial.—Padre, demos gracias á Dios y á la Virgen Maria, nuestra abogada, que ha hecho que tan prosperamente nos saliera nuestra empresa. La Virgen con su poderoso auxilio nos ha dado el valor necesario: Lorenzo ya se ha salvado. Ahora lo que nos toca es armarnos de valor y com-

poner el semblante de modo, que ningún ojo por suspicaz que sea, pueda leer en él ni el mas leve indicio del hecho. Padre, ved como podeis dormir, para que mañana nadie conozca que habeis perdido la noche.

Leonor hablaba en lo exterior como muger fuerte; pero el corazon no secundaba á la lengua. Cuando se vió sola en su habitacion, y cuando el padre quedó privado de aquel ángel de paz, ¿quién podrá describir la tempestad que se levantó en aquellos corazones? Una sola de estas noches jamás podrá ser compensada con todas las alegrías de los conquistadores del mundo, de sus glorias y de sus triunfos; estamos seguros, que si la vispera de una batalla llegase algun capitán á sentir la mitad de las penas de un corazon paterno, se debilitaría toda su fuerza, se apagaría todo su ardor: y sin embargo, cualquiera batalla campal abisma en estos martirios los tiernos corazones de veinte ó treinta mil madres, y de otros tantos padres, hermanos, esposas y hermanas, mientras el frio é impasible capitán desde alguna altura está calculando las víctimas que costara el forzar aquel reducto, el asaltar aquellos muros, el derrocar aquel castillo.

Lorenzo, soltándose las sogas, quitó la cubierta á su linterna, y dió algunos pasos adentro.

Encendió luz, y empezó á registrar con la linterna aquellos subterráneos: encontró un reducto semicircular, que debia servirle de cocina. Sobre una calderilla de hierro vió muchos carbones; y colgado en un gancho un saco de ceniza para cubrirlos la primera noche. Lorenzo tomó un puño de virutas, y poniéndolas debajo hizo salir un poco de llama, que prendió en los carbones, y soplando despues con el fuelle se encendieron todos, y ultimamente los cubrió

con ceniza. Volviendo á su comedor, refectorio, habitacion ó despensa, como quiera llamarse, bebió un vaso de vino de Chipre, que le confortó el estómago: vió entonces otro vaso con dos terceras partes de agua, y una de aceite; y hondeando en un corcho con su mechero; encendió el pavilo, y lo puso sobre una mesita que formaba un salidizo de una peña. Y sintiéndose molido y abrumado á causa de la multitud de afectos y de la subida y bajada del escollo, resolvió acostarse. Desnudóse, se metió entre las sábanas, y asi medio sentado, miró al rededor.

El mechero proyectaba por detras de la pantalla verde una luz lángida y triste, que reflejando en las partes salientes de las peñas, dejaba en las cavidades unas sombras tan espantosas, que parecian bocas de antros profundos, y asilo de nefandas larvas, de serpientes y dragones. Aquella horrenda soledad, aquel silencio mortal, interrumpido de tiempo en tiempo como á compas, por el ruido subterráneo de las olas, que se extendía por las concavidades de la caverna, suscitaron en el espíritu de Lorenzo un terror inesplicable. Se le fijaba en el pensamiento, como estaba separado del mundo, y sepultado vivo entre aquellas peñas. Por debajo mugia y bramaba el mar, por arriba, en vano ostentaba su sereno azul la bóveda del Cielo, en vano brillaban las estrellas, en vano derramaba su suave y silenciosa luz al argentado disco de la luna. Y el día! Mas si habrá día para mi en esta tumba? El Sol, de aquel Occéano de luz con que embellece todo lo creado, me enviará algun pequeño rayo en la perpetua noche de esta caverna? Encontrará una abertura, una rendija, un agugerillo por donde pueda ver su faz que infunde la vida, y alegra los corazones? O de-

beré andar siempre atentas entre las tinieblas, y vivir muriendo?

Y he aquí, que mientras hablaba con sus desesperados pensamientos, ve brillar en las sombras una luz que pasa y huye. Lorenzo dá un salto, y fija la vista en aquel sitio; y se imagina mil fantasías de espectros que salen á volar por aquel antro; y ya mira sus horribles ojeadas, y sus anchas fauces, y sus largos dientes, y sus áridas mandíbulas, y oye el choque y rechoque de los huesos de aquellos esqueletos, y rechinar sus dientes, y los vé estender sus largos y descarnados brazos para cogerlo; un sudor frio se apodera de él, apenas puede respirar. Pero mirando con mas atención, y repitiéndose aquellos rayos de luz, se apercibió de que eran murciélagos que volaban por el aire. Aquella realidad cortó el cruel hilo de sus imaginaciones, y poco después, mas oprimido que cansado se durmió, y sepultó en el sueño las espantosas impresiones de aquella primera noche.

(Se continuará.)

REFLEXIONES SOCIALES.

Agitaos y agítad: este es el primer precepto, el máximo precepto de los perturbadores públicos: esta es la bandera del pequeño ejército socialista: la inscripcion de aquella negra vandera formulada está en estas dos palabras: *agitaos y agítad*. Para precaver el mal con que amenazan, en contraposicion de aquel precepto, damos nosotros á los hombres pacíficos y de bien este consejo: *tranquilizaos, y tranquilizad*.

Verdaderamente que es lamentable la condicion de una sociedad, en la que públicamente se dá esta pres-

cripcion: *agitaos y agítad*; en la que se encuentran quienes procuran estenderla, y aun quienes la practiquen, y en la que no faltan quienes la escusen, y la tengan por racional. *Agitaos!* Aun podria pasar, si se limitase á la simple significacion neutro-pasiva del verbo; pudiendo cuatro locos querer hacer algun ruido, y meter un poco de bulla, con el peligro se entiende, de ser conducidos á prision, ó á los hospitales de locos. Pero, *agítad!* en sentido activo! esto significa: Quitad á la sociedad el sumo bien que tiene, la *tranquillitas ordinis*, el primer elemento de la vida civil, sin que ningun otro pueda serle mas caro y seguro. Ya pues que hay quienes dén este precepto: *agitaos y agítad*, nosotros que somos católicos, no lo aconsejaremos nunca á los hombres de bien; á estos les recomendamos para neutralizarlo, este otro: *tranquilizaos y tranquilizad*.

Al dar este consejo, no lo hacemos por suponer, ó creer, que el precepto contrario que dán los *agitadores* no tenga secuaces; no: lo vemos; hay algunos, sino muchos en número pero activos y atrevidos: podríamos citar las predicas que los periódicos demócratas hacen todos los dias en los diversos estados de Europa; los traidores conatos contra la vida de algunos soberanos, los sacrilegos delitos perpetrados en las personas de los venerables Arzobispo de París, y Obispo de Matera: todo esto no es otra cosa que la realizacion del precepto: *agitaos y agítad*. Asi que ya vemos que no se ha dado en vano aquel precepto; ni nosotros podríamos tomar argumento para tranquilizar á los buenos, de la nulidad de los efectos; y sin embargo, lo damos: *tranquilizaos y tranquilizad*, nos esplicaremos:

Es grande, muy grande la utilidad que resulta á un hombre, que conoce

las cualidades del enemigo que lo quiere suplantar. Ahora pues, ¿quién no conoce, que la *agitacion* puede ser un juego muy ganancioso para las sectas, á las que verdaderamente no falta ni valor, ni audacia? Aquellos delitos atroces, aquellos sacrilegos atentados, aquellos súbitos é inopinados desastres, aquellos temores que acompañan en casos semejantes; todo esto, decimos, inspira, hace concebir ideas ventajosas de aquella fuerza, que, revuelta en las tinieblas de no sé que misterios subterráneos, se dá á conocer por los daños que produce: de aquí, aquel descorazonamiento, aquel temor de los buenos, que se preguntan: que hay? que sucede? en que vendrá á parar esto? De aquí, la paralización de las contratas públicas y privadas con no leve perjuicio de los comerciantes: de aquí nuevos motivos de levantar la voz contra los gobernantes, que para evitar otros daños mayores, se ven obligados á usar de severidad. Todas son ganancias, ó al menos esperanzas de pescar á río revuelto para aquellos hombres, que en un estado pacífico y normal, serían miserables por sus vicios, abyectos por su nulidad, despreciados y envilecidos por sus nefandas tendencias; pero que en un público desorden, tienen la modestia de prometerse una fortuna de millonario, una cartera de Ministro, una presidencia de Cámaras representativas.

¿Quién puede dudar que para semejantes hombres la *agitacion* es la cosa mas provechosa del mundo? ¿Y qué gente será esta, cuyo supremo bien está en el supremo mal de los demas?

Es propiamente el caso del ladron, que en medio de una multitud tranquila poco podria robar, y aun esto poco, con grande peligro; pero si de en medio de la multitud sale algun grito, algun tiro, se irrita un caballo,

y se introduce la confusion, ¡oh! aquella es la ocasion de robar! pañuelos, moqueros, sortijas, pendientes, con la añadidura de alguna fuerte recompensa por haber defendido á algun caballero, salvado á una niña, y tambien por haber apaciguado el tumulto; pero entretanto, queda tendido algun muerto, mal parados una docena de desgraciados, aborta alguna señora. Oh! pero ¿qué importa todo esto al ladron? El ha sacado su buena ganancia: *quod erat demonstrandum*.

Ahora pues; de una plaza, trasladad la escena á una ciudad, á una provincia, al estado, á los estados, á la Europa; en lugar del ratero, suponed al sectario; y vereis como aquel y este se aprovechan de la agitacion. Que á ciudades y á reinos devotísimos á sus reyes se haya de dar el escándalo de intentados regicidios; que de las filas de un ejército leal se vea salir un traidor; que á una súbita esplosion hayan de perecer centenares de inocentes; que peligren los bienes, el honor y la vida de miles; que por indispensable providencia se obligue á los jóvenes á abandonar la Universidad, colegios y seminarios, é interrumpir los estudios con tantos perjuicios de las familias; oh! ¿Qué importa todo esto á aquella generacion perversa, con tal que haya surtido efecto su *agitacion*, y vaya preparando el camino de su encumbramiento? Ahora bien: si es ventajoso á la sociedad conocer esta secta trastornadora, creemos que para este conocimiento nada ilustra tanto, como conocer el objeto que se propone en sus *agitaciones*, y la cualidad de los medios que practica para conseguirlo.

Algunos quizá preguntarán, ¿cómo y porqué para *tranquilizar* y *tranquilizarnos*, puede contribuir el conocer á los *agitadores*? Ya lo diremos. Ahora nos cumple decir una palabra con respecto á aquella idea por cuyo triun-

fo *se agitan*. A oírlos, no se proponen sino la gloria, la felicidad de la sociedad, afirmar el orden, haciendo cesar las condiciones *anormales*, que mantienen aquella fermentación, y aquella confusión, que como todos saben, han sido introducidas por ellos mismos. Fraseología por cierto bien extraña; sin embargo, por honor de quien la usa sin conocerla, pero no de quien la escribe, queremos suponerla en el mejor sentido. Pero ¿qué nueva moral es esta que justifica medios tan infames para conseguir unos fines, por loables y ventajosos que os parezcan? ¿Con qué nombre calificareis al que nada le importa que se perturbe la paz pública y la tranquilidad doméstica, que nada le importan la sangre y la vida de tantos inocentes, con tal que prevalezca una idea suya, aun suponiendo que nada tubiera esta de reprehensible?

Mas el caso es, que aquella fraseología, tomada como la entienden los sectarios y libertinos, no significa otra cosa que gloria y prosperidad para una sociedad, cuya mayor afrenta y azote son ellos: el egemplar de aquella gloria y prosperidad está en sus cabezas frenéticas. Consiste en el cambio de todo lo existente; significa la libertad de cultos y de costumbres, la incredulidad enseñada impunemente, insultada la religion, despojada y sin autoridad la Iglesia, oprimidos los hombres de bien, y un puñado de charlatanes asaltando los poderes para saciarse de dinero; significa una sociedad enemiga de la Iglesia; una sociedad enemiga de la sociedad.

Ciertamente! repondrán aquí nuestros lectores; ¿como pues, de tanta maldad, y de tales enemigos podrá sacarse la consecuencia de que *tranquilicemos y nos tranquilicemos*? Esto mas apropósito es para inspirar desaliento á los hombres pacíficos, persuadidos

como estan, que el mayor bien de la sociedad está en la tranquilidad doméstica y civil. ¿Desde cuándo la maldad del enemigo es motivo para tranquilizarse el perseguido?

Lo primero que respondemos es, que aquí no tomamos la maldad del enemigo como argumento para que el hombre de bien se tranquilice; sino de que aquella maldad se haya manifestado en toda su deforme desnudez. Y esto lo reputamos por una grande ventaja, sobre todo, cuando son infinitos los artificios con que se trata de encubrir aquella maldad, para atenuarla, para escusarla, para compadecerla como efecto de vejaciones gratuitas, y aspiraciones generosas. Hoy ya no se puede recurrir á semejantes estratagemas; ya hemos visto la cara al enemigo: lo conocemos por lo que es; y debil ó fuerte que sea el enemigo, siempre es algo conocer la índole y los medios de que se vale. Pero lo que hace mas á nuestro intento no es tanto el conocer su malicia, sino inferir de ella la debilidad de sus medios. En esto propia y principalmente está la fuerza y el nervio de nuestro consejo. *Agitaos y agitado*, dice el enemigo; *tranquilizaos y tranquilizado*; *animaos, y animado*, decimos nosotros.

Por que ¿quién lo ignora? No es tanto la malicia interior del hombre, la que debe infundir temor, cuanto la facultad mayor ó menor, que tiene para hacer daño; siendo cierto, que la maldad interior puede dañar y daña siempre al malvado; mas para que á los demas les perjudique, menester es que salga fuera con actos externos. Si esto no le es dado, poco cuidado nos debe dar su perversidad: ó la compadeceremos, ó procuraremos su corrección. Ni de otro modo nos portamos con el diablo, del que los *agitadores* se declaran progenie legítima

en línea recta. ¿Quién ignora cuanta malicia tienen aquellos espíritus réprobos, que por antonomasia se llaman *enemigos*? Y esto no obstante ¿quién se cuida de ellos? ¿quién los teme? Los buenos cristianos se santiguan, y pasan adelante. Merced al triunfo de la Cruz, el diablo es tan débil en hacer daño, que como lo habia predicho Isaías, un niño de teta puede jugar en el agujero de un aspid; y el que no tiene sino tres años puede meter sus manos en la caverna del basilisco; de aqui se infiere que no la malicia, sino la fuerza unida á la malicia es la que debe inspirar algun temor. Mirados bajo este aspecto los modernos sectarios, deben juzgarse mas débiles de lo que comunmente se cree. Mucho mas débiles si: por que apenas los vemos hacer una milésima parte del mal que desean. El arrojarse á cualquiera intentona de asesinato manifiesta, que no les falta ciertamente ni valor ni mala voluntad. Pues ¿porqué no lo hacen la mayor parte de las veces sino traidora y tenebrosamente? y todas sus hazañas se reducen á un asesinato traidor, á echar una pajueta ó fósforo en un almacen de pólvora, cosas que es suficiente ha hacer un niño de siete años?

Por que son pocos, poquísimos; una cosa imperceptible respecto á los pueblos enteros. Ni puede suceder de otra manera, si se considera que los monstruos son rarísimos. Esta débil fuerza de las sectas es por sí misma suficiente para tranquilizar los ánimos; mas queremos todavía hacer notar lo poquísimos que les concede la providencia; lo que se hace manifestado con la comparacion ya indicada de lo poco que permite al demonio. A este seguramente ni malicia, ni fuerza le falta; sin embargo, puede muy poco, por que Dios no se lo consiente: lo mismo hace con los hombres perversos. Estos,

sea lo que quiera de su malicia, tienen muy poca fuerza, y esta pequeña fuerza no puede traspasar los límites que Dios les ha señalado. Estos límites puestos al genio del mal, se manifiestan particularmente en la proteccion con que la divina providencia vela sobre la vida de los Reyes, que son el apoyo del orden social. Debilitada aquella adhesion casi religiosa, con que los pueblos creyentes reverenciaban en sus Soberanos á los Ungidos del Señor, no parece sino que el mismo Dios ha tomado bajo su proteccion los dias de los Príncipes cristianos. Nosotros no sabemos dar otra explicacion al fenómeno que estamos observando: mientras las doctrinas antisociales tanto se propagan, y mientras no faltan algunos que con fanático frenesí creen immortalizarse con un regicidio, este sin embargo aunque muchas veces intentado, no se ha verificado; y casi siempre salen errados los golpes regicidas: La salvacion de la Reina de España, del jóven Emperador de Austria y la salvacion mas reciente del Rey Fernando tienen unos caracteres tan marcados de proteccion divina, que aun los menos dispuestos á creer en los milagros, se ven obligados á confesar que hay en esto algo que no es natural. Por otra parte, el que considere cuan facil es el quitar á un hombre la vida, y ve que son impotentes tantas iras y tantos furores, lógicamente debe inferir, ó que aquellas iras son ineficaces por su natural debilidad, ó que son refrenadas por un poder que viene de mas alto; en uno ó en otro caso, hay motivo especial para tranquilizarse.

Pero los trastornadores no se contentan con *agitarse*; segun el prescrito de sus gefes deben removerlo todo para *agitar*: Pues tampoco nosotros nos contentamos con que nuestros amigos se tranquilicen; quisiéramos que cada

uno segun sus facultades contribuya á tranquilizar á los demas. Si cada uno lo hiciere en el círculo de sus negocios domésticos y civiles, nos parece que ganaría mucho la causa del orden, que en mucha parte depende de la tranquila y segura disposicion de los ánimos: el temblar á cualquier movimiento, á nada bueno puede conducir; quizás servirá para desalentar á los nuestros, que son los mas, haciendo suponer con nuestras inoportunas lamentaciones que somos cobardes, débiles y pocos. Si fuésemos un ejército con el enemigo delante, considérese, si seria buena disposicion para alcanzar la victoria, el predicar perpetuamente el admirable poder de los adversarios! Lo contrario nos parece; creemos que debe inspirarse una confianza tanto mas racional de nuestra parte, cuanto que está fundada en la verdad, y robustecida con las consideraciones que acabamos de indicar.

Esta es la conducta que debemos usar; conviccion de la perversidad de los sectarios, dispuestos á cualquier exceso, para que cada uno se precava de ellos; persuasion de su debilidad, para que ninguno se desaliente demasiado. Confianza en la proteccion de Dios, que pruebas nos tiene dadas de ello en estos últimos tiempos. A estos motivos universales se pueden añadir la consideracion de las circunstancias en que nos hallamos, capaces de inspirarnos por algun tiempo probalidades de un porvenir menos calamitoso. La espédita y pacífica conclusion de las Conferencias Parisienses, que han dejado frustradas las esperanzas de los *agitadores*; el acomodamiento ya pacíficamente asegurado en el asunto de Neuchatel; el afirmarse cada dia mas la Francia en el camino de una tranquila prosperidad, vigorizada por el mayor incremento de la religion, todo esto es su-

ficiente para que procuremos *tranquilizarnos*, y *tranquilizar*.

Con respecto á nuestra España, bien conocemos, que con el pretexto de la carestía, y subido precio de los alimentos, con motivo de las elecciones de Diputados á Córtes, se tratará de *agitar* y conmover las pasiones; pero, *tranquilizaos*, y *tranquilizad*, diremos á los buenos españoles: tambien son pocos y débiles los *agitadores*. No queremos significar con esto que se estén con los brazos cruzados, que permanezcan en inaccion; la apatía y apocamiento daría á entender que somos pocos y débiles; á todos les hacemos un llamamiento para que contribuyan por los medios legales al sostenimiento del orden. Que los partidos depongan sus querellas, que se dé alguna tregua á las cuestiones políticas y económicas; no son estas las que ahora llaman la atencion principal; la cuestion palpitante, el problema mas apremiante es el orden social. Acúdase pues pacíficamente á las urnas electorales, y los hombres conocidos por su ilustracion, probidad y amor al orden, estos son los que deben merecer la confianza de los electores; si como os interesa, interesa á la religion y á la sociedad, dais vuestros votos á los hombres amantes de la religion, de la Monarquía y del orden social, en este caso, *tranquilizaos*; que *habeis tranquilizado*.

Editor responsable:

D. Juan Crisóstomo Arroyaga.

LOGROÑO:

Imprenta de D. Domingo Ruiz.
Calle de la Plaza frente á Portales
núm. 34.